

## **El despertar del proletario: El Partido Obrero Socialista y la construcción de la identidad obrera en Chile**

Julio Pinto Vallejos

No hay más que dos caminos para los trabajadores y proletarios: o ser socialista, o ser esclavo vil.

—Luis Emilio Recabarren, *El Despertar de los Trabajadores* (Iquique),  
24 de marzo de 1914

En vísperas del estallido de la Gran Depresión, el periodista Roberto Hernández, un convencido nacionalista, publicaba en Valparaíso una obra titulada *El Roto Chileno*. Rendía allí homenaje a lo que estimaba un personaje histórico poco reconocido, pero sobre cuyos hombros se habían edificado buena parte de los éxitos y las grandezas que, a su entender, singularizaban a Chile dentro del contexto continental y mundial. Lejos de ser un baldón, “el calificativo de roto, en su acepción cívica, nos honra altamente”, puesto que a través de él se denotaba “un tipo de cualidades incomparables, generoso y patriota, y cuya actuación a través de la historia es ciertamente un timbre de orgullo nacional”. Justificaban esta valoración rasgos de personalidad como la altivez, la prodigalidad y el espíritu aventurero, así como el titánico esfuerzo desplegado en las diversas obras materiales que habían dado forma, durante el último medio siglo, al progreso del país: minas de plata y cobre, ferrocarriles, salitreras. Pero por sobre todo, la justificaba su fiereza como soldado, alimentada y encauzada por un patriotismo que, siempre siguiendo a Hernández, “palpita en el roto como una

Este artículo forma parte del Proyecto Fondecyt N° 1010077, financiado por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica-CONICYT-Chile. Se agradece muy especialmente la colaboración de Rolando Álvarez Vallejos, Alberto Harambour Ross y Loreto Jara Males.

religión y un culto”. Así considerada, la figura del roto perdía su referencia específicamente social, asimilada a menudo por el propio Hernández al concepto de “bajo pueblo”, para convertirse en un descriptor aplicable a cualquier chileno (o chilena, porque las mujeres también abundaban en su relato) con el corazón bien puesto. Fraguado en las raíces del ser popular, y más atrás aun en el legado del araucano indómito, el personaje retratado se elevaba así a un sitial icónico, intercambiable con todo aquello que supuestamente había hecho la grandeza del Chile decimonónico.<sup>1</sup>

Al momento de publicarse, sin embargo, el homenaje de Hernández tomaba más bien un tono elegíaco. Alarmado por lo que a su juicio constituía una indisoluble erosión de “lo criollo, lo esencialmente nativo, lo más característico de cada pueblo”, el roto chileno se le aparecía como una especie en serio peligro de extinción. Alucinados por un “cosmopolitismo” que comenzaba a invadirlo todo, obsesionados con las luchas internas que fracturaban a la sociedad, los más diversos sectores de la vida nacional les daban la espalda a las tradiciones y los valores que alguna vez habían hecho fuerte a Chile. Así, la antigua imagen del roto, reconocida y valorada por encima de su evidente raíz popular, comenzaba a ser desplazada por la visión mucho más abstracta y universalista del proletario, indiferente a las demarcaciones geográficas y a las especificidades del ser nacional. Lo peor, en la opinión de Hernández, era que esta relectura de la identidad popular no sólo afectaba a los militantes anarquistas y socialistas que animaban las cada vez más frecuentes luchas sociales (por lo demás extrañamente ausentes de su relato). Incluso los propios gobernantes, a lo menos desde la instalación de la administración reformista de Arturo Alessandri, concurrían a sepultar la emblemática y gloriosa figura: “el legendario *roto chileno* era suprimido de golpe con la renovación de valores”.<sup>2</sup> Con ello, por cierto, no sólo se renunciaba a una memoria más o menos estimable, sino que se desencadenaba una “degeneración del criterio público” y una “decadencia del civismo chileno”, que las tensiones y frustraciones del momento, aunque no fuesen explícitamente invocadas, parecían dejar en absoluta evidencia. El reemplazo del roto por el proletario, insinuaba Hernández a modo de conclusión, era uno de los síntomas más preocupantes de la crisis nacional por entonces en curso.

En estricto rigor “estructural”, la advertencia llegaba demasiado tarde. El proletariado que tanto desvelaba a Hernández remontaba su constitución material y simbólica a una antigüedad por lo menos equivalente a la imagen del roto que su ensayo pretendía subrayar. En efecto: el desarrollo de la minería

1. Roberto Hernández, *El Roto Chileno* (Valparaíso: Imprenta San Rafael, 1929).

2. Énfasis en el original.

capitalista, la construcción de ferrocarriles y la modernización de las ciudades venían hacia tiempo configurando núcleos obreros cada vez más propensos a identificarse explícitamente como tales, y no como rotos o peones. Ya desde la década de 1880, la misma en que el recuerdo de la Guerra del Pacífico agigantaba al roto chileno como símbolo de unidad nacional, las nacientes organizaciones y prensa obrera comenzaban a elaborar una identidad colectiva que ponía al trabajo, y a quienes lo desempeñaban, en el centro de una concepción utópica de dignificación humana y progreso universal.<sup>3</sup> Confluían en ese modelo antiguas tradiciones populares de ayuda mutua y ciudadanía republicana, con un imaginario político más reciente, alimentado por lecturas e influencias anarquistas, socialistas y sindicalistas, articulado en torno a conceptos como la lucha de clases y la explotación del trabajo por el capital.<sup>4</sup> Vale la pena recordar que, a diferencia de las experiencias de otros países latinoamericanos, donde la presencia de inmigrantes o intelectuales de extracción no popular fue más significativa, en el caso chileno estos motivos fueron apropiados y resignificados por trabajadores mayoritariamente oriundos del país. De esta forma, y pese a los esfuerzos de las clases dirigentes por asociarlos a la acción perniciosa de agentes y agitadores extranjeros, su consolidación hacia la primera década del siglo XX demuestra que eran obreros específicamente chilenos quienes hacían de esta representación clasista y contestataria su principal referente de identidad. Para ellos, y para los que continuaban engrosando las filas anarquistas, sindicalistas o socialistas, el ser proletario constituía cada vez más una fuente de orgullo y afirmación social.<sup>5</sup>

Un diagnóstico tan alejado del formulado por Roberto Hernández plantea derechamente la interrogante sobre la posibilidad de convivencia — tanto a nivel de experiencias como de representaciones sociales — entre la identidad proletaria en construcción y la figura más “folklórica” del roto chileno, tan enérgicamente reivindicada desde los tiempos de la Guerra del Pacífico. Es verdad que esta última respondía en parte, como en el caso citado, a un discurso de inten-

3. Ver, sobre este tema, Julio Pinto, Verónica Valdivia y Pablo Artaza, “Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860–1890)”, *Historia* (Santiago) 36 (2003).

4. Este proceso ha sido minuciosamente registrado por Sergio Grez en su obra *De la regeneración del pueblo a la huelga general: Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810–1890)* (Santiago: DIBAM, 1997); y también, en clave más ensayística, por Mario Garcés Durán, *Crisis social y motines populares en el 1900*, 2° ed. (1991; Santiago: LOM Ediciones, 2003).

5. Julio Pinto V., “Discursos de clase en el ciclo salitrero: La construcción ideológica del sujeto obrero en Chile, 1890–1912”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* (Univ. de Santiago de Chile) 8, vol. 1–2 (2004).

ción hegemónica, empeñado simultáneamente en co-optar ciertos elementos del ser popular y recohensionar en torno a la figura de la nación a actores profundamente escindidos por la cuestión social.<sup>6</sup> En ese sentido, el mito del roto chileno resultaba equivalente a otros dispositivos nacional-populistas desplegados más o menos por la misma época en otras partes de Latinoamérica. Sin embargo, y como todo discurso de proyección identitaria, éste hundía sus raíces en rasgos y prácticas que la sociabilidad popular efectivamente había cultivado y valorado a lo largo de los años, y que eran por tanto susceptibles de ser apropiadas para una identidad de signo más autónomo o contestatario.<sup>7</sup> De hecho, la imagen heroica del roto acuñada por la elite había convivido permanentemente con una mirada muy distinta, que Luis Alberto Romero ha denominado “horrorizada”, ante la cual este personaje aparecía como portador de amenaza y de barbarie más que como objeto de admiración.<sup>8</sup> Despojado de su ropaje patriótico y militarista, el roto quedaba convertido en el turbulento e irreverente “peón-gañán”, tan celebrado como ejemplo de rebeldía por la más reciente historiografía social chilena.<sup>9</sup> En este último registro, la identidad proletaria en construcción perfectamente podría haberlo tomado como fuente de inspiración.

Existen numerosos índices, sin embargo, de que ello no ocurrió así. Si bien el discurso obrero de fines del XIX y comienzos del XX efectivamente recogía

6. También se distingue esta intención en un famoso escrito nacionalista de la primera década del siglo, *Raza Chilena*, del médico y publicista Nicolás Palacios (publicado en 1904). La exaltación que allí se hace del roto chileno es incluso más febril que la de Roberto Hernández.

7. En relación a la formación de las identidades colectivas como un proceso constructivista, pueden consultarse Charles Taylor, *Sources of the Self: The Making of the Modern Identity* (Cambridge, MA: Harvard Univ. Press, 1989); Manuel Castells, *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, vol. 2, *El poder de la identidad* (México, D.F.: Siglo XXI, 1999); Pierre Tap, comp., *Identités collectives et changements sociaux* (Toulouse: Privat, 1986); Craig Calhoun, ed., *Social Theory and the Politics of Identity* (Oxford: Oxford Univ. Press, 1994); Anthony Giddens, *Modernity and Self-Identity* (Stanford: Stanford Univ. Press, 1991); Luis Alberto Romero, “Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas: La cuestión de la identidad”, *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) 27, n° 106 (1987); y Romero, “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”, *Proposiciones* (Santiago) 19 (1990). Para el caso chileno, ver Jorge Larraín, *Identidad chilena* (Santiago: LOM Ediciones, 2001), que incluye una muy buena discusión conceptual.

8. Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840–1895* (Buenos Aires: Sudamericana, 1997).

9. Especialmente en la obra de autores como María Angélica Illanes y Gabriel Salazar. De la primera, y a modo de ejemplo, puede consultarse el artículo “Azote, salario y ley: Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817–1850)”, *Proposiciones* 19 (1990); del segundo, su clásico *Labradores, peones y proletarios* (Santiago: SUR, 1985).

algunas tradiciones populares más antiguas, como las ya mencionadas del republicanismo democrático y la ayuda mutua, éstas tenían poco que ver con la imagen clásica del roto chileno, más pasional que racional, más imprevisor que planificador, más pendenciero que pacifista, más patriota que clasista. Como lo ha señalado Eduardo Devés para el caso chileno, y Angela de Castro Gomes para el brasileño, la identidad obrera que se configura durante este período respondía más a las coordenadas del racionalismo modernizador, ilustrado y universalista que a una reivindicación de comunidades ancestrales y rebeldías premodernas.<sup>10</sup> El espíritu emancipador que hacía parte de su proyecto y que tenía por propósito restituir al trabajador al sitio que le correspondía en la historia y en la sociedad no se comprendía sin una etapa previa de “regeneración” obrera que implicaba, precisamente, transformar de manera radical al sujeto popular preexistente.<sup>11</sup> Durante toda esta etapa de articulación identitaria, los portavoces del naciente proletariado (ellos mismos surgidos del antiguo mundo popular) se refieren al ser peonal en tonos tan horrorizados como sus peores enemigos burgueses. Los antiguos “vicios” populares, caracterizados como señal de ignorancia, bestialismo y degradación, se convertían en objeto de rechazo más que de emulación, y en cadenas a romper más que en recursos a rescatar. El nuevo sujeto obrero, artífice de la sociedad del futuro, debía edificarse precisamente sobre las ruinas del antiguo roto, símbolo de un orden social defectuoso que urgía destruir. Parafraseando a Roberto Hernández, podríamos decir que para estos apóstoles de la clase que supuestamente revolucionaría la historia, la muerte del roto chileno también constituía un requisito indispensable.

El objetivo de este artículo es explorar la efectividad de esta hipótesis a través del examen de una experiencia específica de construcción identitaria obrera, como lo fue la encabezada por Luis Emilio Recabarren y su Partido Obrero Socialista en la provincia salitrera de Tarapacá. Domiciliado directa-

10. Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del Centenario”, *Mapocho* 30 (1991); Angela de Castro Gomes, *A invenção do Trabalhismo* (Rio de Janeiro: Vértice / IUPERJ, 1988). Ver también, para el caso argentino, el trabajo de Juan Suriano en *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910* (Buenos Aires: Manantial, 2001).

11. Esta hipótesis diverge de la propuesta por Sergio Grez, en la cual el énfasis en la “regeneración” y en la “emancipación” corresponderían a etapas sucesivas en la historia del naciente movimiento obrero. Ver su artículo “Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)”, *Cuadernos de Historia* (Santiago) 19 (1999). Nótese también la aparente discordancia entre este prurito refundacional y la importancia que la historiografía ha conferido al factor “tradicción” en la conformación de los movimientos obreros francés e inglés del siglo XIX, tal como lo exponen autores como E. P. Thompson y William Sewell Jr.

mente en esa zona de fuerte concentración proletaria entre 1911 y 1915, el célebre líder socialista y sus seguidores se esforzaron por llevar a cabo, a modo de plan piloto, la transformación del antiguo elemento popular en un agente calificado para emprender la histórica tarea que su doctrina le asignaba. Impulsados para tal efecto a desplegar todos sus recursos doctrinarios y organizativos, su acción proselitista brindó una excelente oportunidad para afinar la imagen de la clase obrera que se quería construir, así como para calibrar las fortalezas y debilidades que exhibían los trabajadores nortinos de carne y hueso para el cumplimiento de tan ambicioso fin. Uno de los frutos más visibles de dicho esfuerzo fue la fundación, en 1912, del Partido Obrero Socialista. A la cabeza de toda una batería de gremios, cooperativas y asociaciones obreras, se constituiría en uno de los máximos referentes de la izquierda política chilena en su etapa fundacional. Tanto su obra como su discurso se constituyen por consiguiente en terreno privilegiado para auscultar el contrapunto entre la proyección utópica y el juicio que a los pioneros socialistas les merecía la realidad existente. Podrá así discernirse mejor el lugar que en ese proyecto proletario ocupaba, si es que le cabía alguno, la tradición supuestamente ancestral del roto chileno.

### **La clase imaginada**

El proletariado que Luis Emilio Recabarren y los suyos decían representar, y al cual aspiraban a conducir, tenía mucho más de construcción utópica que de existencia real. Ellos mismos pertenecían al universo del trabajo, ya que en esa etapa temprana, los militantes no obreros del socialismo tarapaqueño eran una minoría ínfima, y por lo general no figuraban entre los más políticamente relevantes. Sin embargo, cuando escribían o conferenciaban sobre su clase, especialmente cuando lo hacían en clave normativa, tendían a remontarse a un plano más bien filosófico y abstracto, recogido de lecturas e influencias doctrinarias. En ese registro, la clase obrera se tornaba portadora preferencial de una escatología progresista de la historia, enraizada en una ética humanista radical. “La existencia de los seres humanos”, afirmaba Recabarren en uno de los escritos teóricos de mayor calibre de su etapa iquiqueña, “debe tener un objeto, y ése no puede ser otro que hacer de la vida una idealidad, fuente de goces verdaderos, donde los seres humanos perfectos disfruten de las creaciones de la inteligencia”.<sup>12</sup> El socialismo, agregaba más adelante, aspiraba a hacer de la humanidad una colec-

12. Luis Emilio Recabarren, *El Socialismo, ¿qué es y cómo se realizará?*, publicado como folletín en *El Despertar de los Trabajadores* (Iquique), 8 oct. – 21 nov. 1912. La cita es de la recopilación *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*, tomo 1 (Santiago: Austral), 19.

tividad de hombres buenos que vivan como hermanos, trabajando todos para aumentar las comodidades y los goces comunes.<sup>13</sup> El curso de la historia, de hecho, no era otra cosa que el despliegue ineluctable de esta propensión: ella era la que, alimentada por la razón humana y el espíritu de superación, hacía del progreso el gran principio de inteligibilidad histórica. La vida de la humanidad era para Recabarren una carrera jamás detenida de progreso y de perfección, y era esa constatación “empírica” la que confería al mejoramiento social, como en la naturaleza al movimiento físico, el estatuto de “ley de la vida”.<sup>14</sup> La felicidad de las personas y la bondad de cualquier orden histórico, en consecuencia, sólo podían evaluarse en referencia al progreso general de la humanidad.

Y era precisamente frente a ese criterio de validación donde el trabajo, y por consiguiente las personas que lo ejercían, hallaban su principal fuente de dignificación y reconocimiento, pero también la clave de su tragedia. El trabajo, para el ideario obrero socialista, era el origen de todas las cosas, el acto inicial en la línea del progreso y el poder más grande para la realización de las ilusiones humanas.<sup>15</sup> Planteado de manera más genérica, “[L]os obreros son el alma de la producción, y por lo tanto son la vida misma de la humanidad”.<sup>16</sup> De ahí entonces que el estado de degradación al que la sociedad capitalista había arrojado a ese factor de felicidad y progreso, vistas las relaciones de desigualdad y explotación que en ella imperaban, no pudiese sino ser motivo de indignación, máxime cuando los propios denunciantes formaban parte del sector victimizado: “[L]egiones innumerables de seres abyectos han sido los que con su fuerza y su mediana inteligencia han creado y dado forma a todo lo grandioso que hoy podemos admirar”.

La miseria moral y material en que se debatían las masas trabajadoras, cuya denuncia conformaba la mayor parte del discurso político socialista, no era por tanto condenable sólo desde un sentimiento de empatía, sino que constituía una flagrante injusticia que las leyes de la naturaleza y del progreso exigían reparar: si el producto nacía por la obra del trabajador, a él le pertenecía.<sup>17</sup> Si el trabajador recibiera íntegro el producto de su trabajo, no existiría ningún trabajador miserable, ni habría miserias en el mundo.<sup>18</sup> Peor aun: al apropiarse violentamente

13. Ibid., 43.

14. Ibid., 50.

15. Ibid., 28 y 33.

16. *El Despertar de los Trabajadores*, 20 dic. 1913.

17. O a ella pertenecía, aunque el discurso socialista tarapaqueño no solía denotar al trabajador en género femenino.

18. Recabarren, *El Socialismo*, 45.

de los medios que hacen posible la vida y convertirlos en objeto de comercio, el capitalismo vulneraba el más básico de los derechos: el de la existencia misma. Así, la abolición del régimen de explotación propio del capitalismo resultaba un requisito imperativo para restaurar los equilibrios naturales y retomar la senda evolutiva: “[L]a necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, reformando o destruyendo el estado social que los produce”.<sup>19</sup> Al luchar por su propia emancipación, la clase obrera contribuía automáticamente al avance general de la humanidad, puesto que el socialismo, su principal herramienta para dicha tarea, no era otra cosa que “la perfección en el progreso incesante para multiplicar los goces de todos los seres humanos, o sea, la abolición de todas las causas que producen desgracias y miserias”.<sup>20</sup> Como lo expresaba el primer mandamiento del “Decálogo Socialista” publicado en la edición inaugural del primer periódico fundado en Iquique por Recabarren, esa doctrina era signo de redención no tan sólo del proletariado, sino también de la humanidad.<sup>21</sup>

Argumentando de esta forma, el discurso socialista tarapaqueño desembocaba en la consagración de la igualdad humana como valor primordial: puesto que todas las personas tienen derecho a ser felices y a gozar de todos los productos del trabajo humano en combinación con la naturaleza, la igualdad resultaba ser “el grado más elevado de respeto a la Humanidad”.<sup>22</sup> Por deducción lógica, entonces, las desigualdades creadas por la sociedad afectaban íntima y directamente a la felicidad humana, y se erigían como inaceptables tanto “desde el punto de vista moral y humano, como desde el punto de vista del sentimiento de justicia”.<sup>23</sup> Para corregir esta distorsión, particularmente evidente en una organización social como la forjada por el egoísmo burgués, la clase trabajadora se erigía como el agente más indicado: no sólo portaba un interés directo en poner término a todo tipo de injusticia y explotación, sino que poseía una propensión innata a la solidaridad. La horizontalidad y ayuda mutua que presuntamente distinguían a la sociabilidad obrera de otras formas de relación humana, y que se veían reforzadas por su condición de clase oprimida, se traducían en un impulso igualitario que era prácticamente consustancial a su ser social.<sup>24</sup> El socialismo,

19. *Ibid.*, 87.

20. *Ibid.*, 19.

21. *El Grito Popular* (Iquique), 28 abr. 1911.

22. *Ibid.*, 36; *El Grito Popular*, 2 jul. 1911.

23. Recabarren, *El Socialismo*, 41.

24. Es interesante observar que Gabriel Salazar, uno de los más influyentes cultores de la historiografía popular chilena, comparte esta visión de la solidaridad como un valor intrínseco a la sociabilidad de los grupos populares. En la introducción a su obra *Labradores*,



como portavoz de esta ética obrera, se planteaba así el objetivo de una humanidad unida como una gran familia en torno al amor, al arte, a la justicia y a la libertad, “porque sólo así habrá vida”.<sup>25</sup>

Una derivación interesante de este énfasis igualitario era la atención que los predicadores del socialismo obrero destinaban a la emancipación de la mujer, víctima de una doble explotación doméstica y social. Aunque sin despojarse totalmente del arraigado prejuicio masculino respecto a la prioridad de sus funciones hogareñas, o a la supuesta posesión de una naturaleza más sentimental que intelectual, el “Decálogo Socialista” incluía entre sus preceptos el de respetar y honrar a la mujer como compañera e igual del hombre, luchando para que no fuese esclava ni del prójimo ni de nadie, sino sólo de sí misma.<sup>26</sup> Considerando que la mujer se hallaba sujeta a una esclavitud más odiosa que la del hombre, y que además encerraba el peligro de ser traspasada a sus hijos como la costumbre de vivir sometidos con resignación, los beneficios de la obra emancipadora debían ser para ella también mayores. Puesto que la esclavitud de la mujer era también la esclavitud del hombre y de la humanidad, la lucha reivindicatoria de los derechos humanos debía ser, obviamente, común para uno y otro sexo.<sup>27</sup> “Necesitamos”, exhortaba Recabarren a sus compañeros de utopía, “asociar a la mujer a nuestra propaganda emancipadora. Necesitamos que ella comprenda el gran significado de la obra que perseguimos, para que también se interese y se apasione por conquistar nuestras futuras libertades”. Y concluía interpelando directamente a las mujeres: “[C]on hermosa rebeldía proclama tu libertad, que ella será la libertad de la humanidad! ¡tu esclavitud es la esclavitud universal!”.<sup>28</sup> Exhibiendo así cierta sensibilidad frente a los matices de género que fracturaban cualquier visión monolítica de la identidad obrera, el socialismo tarapaqueño se distanciaba del perfil predominantemente masculino que hasta entonces había caracterizado a gruesos segmentos del movimiento popular chileno, exceptuado el anarquismo. Como se verá más adelante, la incorporación de la mujer a las tareas políticas y sociales sería un rasgo definitorio de la militancia socialista.

---

*peones y proletarios*, este autor afirma que la solidaridad es el “sentimiento básico” que define al “pueblo” como actor histórico específico y trascendente.

25. Recabarren, “El Socialismo”, 43.

26. *El Grito Popular*, 28 abr. 1911. Esta evidente ambivalencia en el discurso socialista respecto de la emancipación femenina ha sido prolijamente expuesta y analizada por Elizabeth Hutchison en su obra *Labors Appropriate to Their Sex: Gender, Labor, and Politics in Urban Chile, 1900–1930* (Durham: Duke Univ. Press, 2001).

27. *El Grito Popular*, 27 ago. 1911.

28. *El Grito Popular*, 30 ago. y 6 sep. 1911.

Unidos de esa forma y por esos motivos, hombres y mujeres de la clase trabajadora universal derrotarían a la burguesía para dar pie a la utopía obrera, que era también, como ya se dijo, la redención de la humanidad toda. Llegado ese momento, las diferencias de clases quedarían automáticamente abolidas, convirtiendo a todos en una sola clase de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, e implantando un régimen en que la producción fuese un factor común, y común también el goce de los productos —esto es, la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva—.<sup>29</sup> Así planteada, la disolución final de las clases sociales constituía, en realidad, una “obrerización” de la humanidad, con lo que parecía conciliarse el orgullo específico de clase que servía a los socialistas de inspiración, con su intención de igualar a todas las personas por encima de las divisiones sociales. Se trataba, como lo ha señalado Pierre Vayssière, de una visión claramente mesiánica de su papel histórico, pero cuyas raíces se mantenían aferradas a su condición específica de gente de trabajo.<sup>30</sup> Así, lejos de constituir un baldón o una marca de inferioridad, el ser obrero quedaba transmutado en una fuente de trascendencia histórica y nobleza moral.

Para cumplir con tan estrictas exigencias, la conducta exigida por el socialismo obrero a los trabajadores y trabajadoras de carne y hueso se situaba, como era de suponerse, a una altura muy difícil de alcanzar. El obrero-Mesías debía ser una persona éticamente intachable, de sentimientos nobles y espíritu superior. Debía ser, como lo señalaba un simpatizante en una carta dirigida a uno de los periódicos editados por Recabarren, un “hombre digno, que no sabe adular; veraz, que no sabe mentir; ingenuo, que cree todo lo que le dicen; y noble, capaz de acciones abnegadas y altruistas”.<sup>31</sup> Sus actos debían estar alejados de todo egoísmo y mezquindad, conduciéndose siempre bajo un sincero espíritu de amistad, de cariño y de fraternidad.<sup>32</sup> Su trato hacia los demás debía ser respetuoso y cordial, y su lenguaje impecablemente pulcro: “[E]l socialismo verdadero”, decía Recabarren, “será siempre descubierto por sus modales exquisitamente cultos”.<sup>33</sup> En toda circunstancia debía cuidarse de cumplir puntual y rigurosamente sus compromisos, y debía por cierto evitar cualquier ligereza o frivolidad. La vida familiar debía conducirse en paz y armonía, evitando los tratos abusivos

29. “Programa y Reglamento del Partido Obrero Socialista”, *El Despertar de los Trabajadores*, 21 nov. 1912.

30. Pierre Vayssière, “Militantisme et messianisme ouvriers au Chili à travers la presse de la Pampa nitrifière (1900–1930)”, *Caravelle* 46, 1986.

31. *El Grito Popular*, 2 jun. 1911.

32. *El Grito Popular*, 11 ago. 1911.

33. Recabarren, *El Socialismo*, 72.

y privilegiando solidariamente el bienestar común. El aseo y la higiene debían cultivarse religiosamente, contribuyendo a una vida más sana y feliz.

Trazado este perfil rayano en lo monacal, no llama la atención que la prédica socialista se preocupase especialmente de estigmatizar lo que denominaba genéricamente “los vicios”: la embriaguez (“un enemigo formidable que le destruye todos los buenos pensamientos que puedan conducirlo a su emancipación”), la prostitución, los juegos de azar.<sup>34</sup> “Nos produce asco y repulsión”, fulminaba Recabarren, “el contacto o la vecindad de gentes abyectas y viciosas”.<sup>35</sup> Condenaba también la imprevisión, la superstición, la apatía y las conductas violentas. El delito, si bien podía explicarse sociológicamente como una consecuencia de la miseria moral producida por el capitalismo, era igualmente reprochable como opción de vida, puesto que no contribuía en nada a la solución real de los problemas. Revelaba además una ambición individual y un apego a las riquezas materiales que no se condecían con la ética proletaria. Como una especie de compendio de las cualidades enumeradas, el militante socialista José del Carmen Aliaga aseguraba, a modo de publicidad para su taller de relojería, que “el dueño de este establecimiento no fuma, no bebe, no juega, no tiene servidumbre y viste el paletó que lleva el más modesto compañero. Mi esposa trabaja a la par conmigo. No quiero dinero, sólo quiero vivir”.<sup>36</sup>

Para alcanzar semejante modelo de conducta, que los socialistas sabían era muy lejano de lo que realmente se verificaba en la convivencia popular, la herramienta clave era lo que ellos mismos denominaban la “ilustración”. Como lo hizo notar hacen ya varios años Eduardo Devés, la fe depositada por el pensamiento obrero chileno de comienzos del siglo XX en la fuerza transformadora y redentora de la instrucción rayaba en lo metafísico. Haciéndose explícitamente partícipes del ethos civilizatorio derivado del Siglo de las Luces, los exponentes de este ideario eran admiradores apasionados de la ciencia, la literatura y el arte, realizaciones que se esmeraban en conocer y difundir en toda oportunidad, e incluso, dentro de sus posibilidades, en cultivar por su propia cuenta. Cuando el socialismo obrero hablaba de la inteligencia conductora del progreso humano, su referente no era ni la inteligencia emocional ni los saberes ancestrales del mundo popular, ni mucho menos una visión religiosa de la existencia, que para ellos era simple superchería inventada por las clases dominantes para mantener al trabajador en una ignorancia sumisa. A lo que la clase elegida debía aspirar era al conocimiento racional y científico, que tantas maravillas había engen-

34. *El Grito Popular*, 28 abr. 1911.

35. *El Despertar de los Trabajadores*, 25 jul. 1914.

36. *El Grito Popular*, 28 abr. 1911.

drado durante los últimos siglos: “[S]i por herencia de un pasado de ignorancias, nuestra humanidad de hoy sufre las consecuencias de una gran incultura, es humano que nos preocupemos de aumentar las fuerzas inteligentes que actúan para perfeccionar el mal estado social presente”.<sup>37</sup> La propia doctrina socialista se consideraba fruto de la aplicación de la razón científica a los procesos sociales, de modo que sus diagnósticos y preceptos constituían una prueba viviente de lo que los trabajadores podían esperar de esa particular epistemología. Sólo el pueblo ilustrado, es decir el pueblo racional, reunía las condiciones necesarias para cumplir su magna tarea histórica.<sup>38</sup>

Por cierto que la ilustración a la que se hacía referencia, y como lo sugiere la alusión al socialismo como su derivación natural, no se reducía sólo a la actividad estricta o convencionalmente intelectual. La racionalidad de la que debía empaparse la clase obrera también tenía beneficios que aportar en el plano de las relaciones económicas y sociales, o en el de los derechos políticos. En lo primero, se asumía que una comprensión adecuada de la organización social ayudaría a los explotados a conducirse con mayor eficacia en sus conflictos con el capital, haciendo valer su ubicación estratégica dentro del proceso productivo para ir conquistando sus demandas más inmediatas. En lo segundo, se tenía por un axioma que la educación cada vez más desarrollada y más completa, al elevar la cultura de los individuos y de la sociedad, contribuiría a dotar a cada individuo y a cada sociedad de una perfecta noción del derecho y de la libertad.<sup>39</sup> De ese modo, el trabajador “culto” sería también el trabajador capacitado para lidiar inteligentemente con sus empleadores, a la vez que un ciudadano plenamente consciente de sus deberes y derechos. Abandonar el terreno de la política a las clases dominantes, se argumentaba, era la mejor fórmula para eternizar los privilegios sociales y la opresión, de lo que se infería que una educación liberadora implicaba necesariamente una mayor cultura cívica. Por todos esos motivos, la clase obrera era la más interesada en su permanente educación, incluyendo en dicha tarea, por cierto, a las mujeres y la juventud, porque así la acción instructiva abarcaría el conjunto del hogar. En suma, “[M]ientras más instruidos sean los afiliados al partido demócrata y socialista, más firmes y más capaces serán para mantener con progresos la vida de las agrupaciones. El ser humano no debe considerar nunca completos sus conocimientos sobre ninguna materia. Siem-

37. *El Despertar de los Trabajadores*, 25 jul. 1914.

38. Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada”; ver también María Angélica Illanes, “Lápiz contra fusil: Las claves de un nuevo siglo”, en *La batalla de la memoria* (Santiago: Planeta, 2002).

39. Recabarren, *El Socialismo*, 70.

pre hay algo más nuevo que saber, que observar, que investigar o que criticar o comentar”.<sup>40</sup>

Por intermedio de todos estos elementos y preceptos, el discurso socialista obrero fue configurando un paradigma del tipo de colectividad humana —el tipo de clase— que aspiraba a constituir, y con cuyo concurso esperaba no sólo dar solución a los problemas más concretos con los que sus miembros debían cotidianamente lidiar, sino también, y sobre todo, conducir a la humanidad a una etapa superior de su existencia. Lo que así se postulaba, por tanto, no era sólo una meta futura, sino que se tornaba en exigencia inmediata para todos quienes se sintiesen a la altura de la tarea, y que para ser dignos de ella debían comenzar por transformarse a sí mismos en conformidad al horizonte utópico diseñado: debían “regenerarse”. Esta no era, por cierto, una ocurrencia original de este grupo de intelectuales obreros, siendo por el contrario uno de los hilos conductores del pensamiento popular ilustrado que se remontaba, en el caso chileno, por lo menos a las asociaciones de artesanos de mediados del siglo XIX. Lo que sí era novedoso, y que se asemejaba a lo que por el mismo tiempo venía predicando el anarquismo, era su voluntad de trascender el plano de una transformación restringida a quienes se inclinaban espontáneamente por la causa, proponiéndose más bien la regeneración de toda la clase, y por su conducto de toda la humanidad.<sup>41</sup> El modelo elaborado, en otras palabras, no era sólo para los fáciles de convencer, sino que tenía pretensiones hegemónicas y universales. ¿Qué cabida tenía en ellas, sin embargo, el trabajador o la trabajadora de carne y hueso, con su acervo concreto de saberes, conductas y vivencias acumuladas en el tiempo? ¿Estaba el roto pampino o el sujeto popular urbano del norte salitrero a la altura de lo que esperaban sus congéneres ya convertidos al socialismo obrero?

### El pueblo real

El grupo humano con el que se encontró Recabarren al radicarse en Iquique a comienzos de 1911 no era precisamente neófito en materia de luchas sociales o identidad obrera. Aunque uno de sus exponentes, Elías Lafertte (que a poco andar se convertiría en uno de los principales y más fieles prosélitos del socialismo obrero) calificaría posteriormente esa cualidad más como un “instinto”

40. *El Grito Popular*, 11 ago. 1911.

41. El estudio reciente de Juan Suriano, *Anarquistas*, caracteriza exhaustivamente la cultura anarquista tal como se manifestó en el contexto latinoamericano, que en sus rasgos esenciales puede homologarse a Chile.

que como una “conciencia” de clase, la verdad era que los trabajadores tarapaqueños habían protagonizado, entre muchas otras acciones, la primera huelga general en la historia del país (1890) y la formación de la primera sociedad obrera de alcance más que estrictamente local o gremial (la Mancomunal Obrera). Además, habían sufrido la más cruel de las matanzas obreras ocurridas en Chile hasta ese momento, la de la Escuela Domingo Santa María, en 1907.<sup>42</sup> Exhibían también a su haber más de dos décadas de experiencia organizativa continua, y poco más de una de publicación, también continua, de periódicos obreros.<sup>43</sup> Así y todo, el perfil humano y conductual concreto de la clase obrera tarapaqueña distaba mucho de lo que Recabarren tenía en mente para sus mesiánicos fines. Como lo comprobaría una y otra vez, con amargura y con ira, los obreros del salitre tenían todavía mucho camino que recorrer.

Para comenzar, su comportamiento cotidiano estaba plagado de actitudes típicas de lo que había sido la tradicional identidad del peonaje chileno decimonónico, muchas de las cuales habían sido incorporadas a la imagen arquetípica del roto. Primaba en ésta una cultura fuertemente masculinizada (y machista), en que la fortaleza física, la astucia irreverente, la imprevisión y el desarraigo campeaban como cualidades descollantes.<sup>44</sup> Se desprendía de ellas una especie de culto a la violencia y a la temeridad, que si bien solía expresarse con mayor frecuencia en pendencias y hazañas de alcance individual, en épocas de guerra había demostrado ser de gran provecho para los propósitos gubernamentales, dotando a la figura del roto del sesgo militarista tan presente en caracterizaciones como la ya citada de Roberto Hernández. Como era de esperarse de una existencia muy marcada por la incertidumbre y la dificultad de planificar el futuro, propias de la pobreza y el desarraigo en que transcurría la mayor parte

42. Elías Lafertte, *Vida de un comunista* (Santiago: Austral, 1957), 62.

43. Para una visión del movimiento obrero tarapaqueño anterior a la fundación del Partido Obrero Socialista, ver Julio Pinto V., *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera* (Santiago: Univ. de Santiago de Chile, 1998); Sergio González M., *Hombres y mujeres de la pampa* (Iquique: Taller de Estudios Regionales, 1991); Eduardo Devés y Ximena Cruzat, “El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901–1907”, 3 vols. (mimeo, CLACSO, Santiago, 1981); Pablo Artaza B., “Movimiento social, politización popular y conciencia de clase en Tarapacá, 1907–1912” (tesis de maestría, Univ. de Santiago de Chile, 2001); Francisco Sepúlveda G., “Trayectoria y proyección histórica del Partido Demócrata en Tarapacá, 1899–1909” (tesis de licenciatura, Univ. de Santiago de Chile, 2003).

44. Ver Cecilia Osorio, “Ser hombre en la pampa: Aproximación hacia los rasgos de masculinidad del peón chileno en las tierras del salitre, 1860–1880”, en Colectivo Oficios Varios, *Arriba quemando el sol. Estudios de historia social chilena: Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830–1940)* (Santiago: LOM Ediciones, 2004).

de sus vidas, el peonaje chileno tradicional era muy dado a “vivir el día”, orientando los frutos de su esfuerzo laboral hacia la gratificación inmediata por la vía del alcohol, la convivencia festiva o los juegos de azar. En una sociedad de predominio numérico masculino, a la ya consagrada constelación de la taberna y el garito se venía a añadir el prostíbulo, tres actividades que a menudo se desarrollaban en un mismo establecimiento. Haciendo eco a una hipótesis sugerida en uno de los trabajos de José Bengoa, podría decirse que el horizonte de expectativas del peón salitrero encontraba su consumación en el goce sensual de la bebida, el baile y el juego de naipes, ocasionalmente acompañados de un acto sexual que, en ese contexto, solía ser pagado.<sup>45</sup> En circunstancias como éstas, no era extraño que las expansiones terminaran en hechos de violencia y de sangre: pendencias, cuchilladas, asesinatos.

El poeta y periodista Víctor Domingo Silva, radicado por ese mismo tiempo en la provincia de Tarapacá, publicó una antología de relatos cortos sobre la vida en la pampa. Esta colección nos permite ilustrar de manera más concreta la pervivencia entre los trabajadores del salitre de las conductas señaladas —por cierto que intermediadas por el tamiz también discursivo de un escritor nacionalista de clase media—.<sup>46</sup> Lo primero que a este respecto llama la atención es que, a semejanza de otros autores burgueses, y a diferencia del discurso obrero socialista, el vocablo más recurrente con que este autor designa a sus sujetos es el de *roto*, devenido aquí “roto pampino”. Así por ejemplo, y haciendo referencia al mosaico de nacionalidades de los trabajadores que compartían la vida salitrera (peruanos, bolivianos, chinos), uno de los cuentos destaca especialmente al roto chileno, con todo su carácter orgulloso, despilfarrador y fatalista. El personaje concreto en el que se inspiraban estos conceptos, que en los campos del sur había sido un famoso salteador, se había transformado en la pampa en “trabajador, honrado, y agradecido como un perro”.<sup>47</sup> En otra narración se menciona a un jefe que gustaba de “los rotos de antiguo cuño, fornidos, mansos, de esos que cogen las herramientas y agachan la cabeza para no levantarla hasta que no vean termi-

45. En cuanto a la idea de la “subordinación sensual” como marca de identidad de la condición peonal, ver José Bengoa, *El poder y la subordinación* (Santiago: SUR, 1988). Sobre la prostitución en la región salitrera, ver Rodrigo Henríquez, “La jarana del desierto: Burdeles, prostitutas y pampinos en Tarapacá, 1890–1910”, en Colectivo Oficios Varios, *Arriba quemando el sol*.

46. Se trata de su obra *La pampa trágica*, publicada en Santiago en 1921, pero que claramente recoge vivencias y observaciones realizadas durante los años 1913 a 1915, que fueron los de su residencia en Iquique.

47. Víctor Domingo Silva, *La pampa trágica* (Santiago: Selecta, 1921), 154 y 157.

nada la tarea”.<sup>48</sup> Había también, sin embargo, el “roto vicioso”, que pasaba más tiempo en la fonda que en la faena, o el “roto viejo”, ducho en tretas para sacarlas siempre bien e incapaz de echarse a morir por nada.<sup>49</sup> Cuando no operaba sobre ellos la disciplina del patrón o de la autoridad, imperaba en el trabajo y en la vida un desorden característico, a base de insolencia y de vicio: “Es realmente peligroso. Se vive de cualquier manera, a cielo raso, y se muere lo mismo”.<sup>50</sup> Desfilan por las páginas de Silva los obreros salitreros destruidos por el alcohol o consumidos por el vicio del juego, tan profundamente arraigado, al decir de ese autor.<sup>51</sup> En una incidencia relatada en el cuento “Una luz”, un obrero afortunado en las apuestas es emboscado a la salida del garito por aquellos a quienes había ganado, trabajadores también, los cuales lo asesinan a pedradas, desfigurándole posteriormente el rostro para que no fuese reconocido. Ése y otros hechos de violencia entre elementos del mundo popular pueblan gran parte de la antología, dejando una imagen de brutalidad y degradación (por no mencionar la falta de solidaridad clasista) que poco armonizaban con las exhortaciones socialistas o con la imagen idealizada del roto nacionalista.

Es verdad que Víctor Domingo Silva era un escritor de clase media, y por tanto evidentemente prejuiciado frente a las conductas populares (aunque también atraviesa sus escritos una veta de denuncia social y empatía con las tribulaciones obreras, evocadora del “populismo” alessandrino por entonces en gestación, que obliga por lo menos a relativizar dicho juicio). Sin embargo, la prensa local, los archivos judiciales y otros testimonios de la época tienden a ratificar sus descripciones, sin que se exceptúe de la regla ni siquiera la prensa o el discurso socialista. Así, por ejemplo, el militante Nicolás Aguirre Bretón afirmaba en 1911 que “nuestros obreros continúan llenos de vicios de ignorancia. Se embriagan en demasía, juegan y venden su conciencia”.<sup>52</sup> Elías Lafertte, obrero bastante sobrio aun antes de su conversión al socialismo, recordaba su reticencia a acudir los días domingo a los pueblos que colindaban con las oficinas salitreras, pues sabía lo que significaban esos viajes para los pampinos: vino y prostíbulos.<sup>53</sup> Otro tanto ocurría en el puerto de Iquique, donde la falta de distracciones “sanas” determinaba que los trabajadores visualizaran a las cantinas y los prostíbulos como únicos sitios existentes para el recreo.<sup>54</sup>

48. *Ibid.*, 53.

49. *Ibid.*, 45 y 94.

50. *Ibid.*, 95.

51. *Ibid.*, 12.

52. *El Grito Popular*, 21 jul. 1911.

53. Lafertte, *Vida de un comunista*, 69.

54. *El Grito Popular*, 28 jul. 1911.



La propia prensa obrera tendía a compartir este tipo de juicios, denunciando el diario espectáculo de las cantinas, tabernas, fondas y otros centros de perdición llenos de trabajadores que daban al vicio lo que mezquinaban a su propio mejoramiento, para el que resultaba mucho más útil (según su ilustrado parecer) la adquisición de los periódicos elaborados por sus compañeros socialistas.<sup>55</sup> “La triste realidad”, corroboraba Recabarren tres años después, “se impone. La sombría ignorancia detiene el avance emancipador y es el mismo trabajador que prefiere dar al garito y a la taberna, lo que debiera dar a su obra libertadora”.<sup>56</sup> O como lo planteaba con mucho mayor dureza la joven militante Rebeca Barnes, en una de las poquísimas ocasiones en que el discurso socialista empleó el vocablo *roto*: “[E]l rotaje pide aumento, mejoramiento para tener más facilidades para sus vicios, y por desgracia hay muchos desgraciados que sólo se sienten felices al lado de la botella de licor, sin considerar que ese dinero que allí bota, lo roba a su familia; y que tal vez, no tienen sus hijos el pan suficiente para sus necesidades”.<sup>57</sup> La degradación provocada por los vicios, remachaba Barnes, retardaba indefinidamente la regeneración proletaria, la cual no podría avanzar como causa colectiva mientras los trabajadores no se regeneraran a título individual. La construcción de la utopía, en otras palabras, se veía obstaculizada por las mismas conductas que la clase de carne y hueso reproducía a diario y con fruición.

Otro rasgo de la cultura popular tradicional que provocaba especial consternación entre los difusores del socialismo obrero era la fe religiosa. Aunque es verdad que en las regiones salitreras este sentimiento no se canalizaba preferencialmente por vías institucionales o bajo la tutela oficial de la Iglesia, su existencia era un dato innegable para cualquiera que observara la vida popular con un mínimo de atención. Conocida era la devoción de los pampinos por los santos, las promesas religiosas (“mandas”) y las festividades sacras. Muchos eran los adoradores de la tradicional virgen minera de Andacollo, a cuyo santuario en las inmediaciones de La Serena asistían anualmente pese a los más de 1.500 kilómetros que lo separaban de Tarapacá.<sup>58</sup> Más masiva aun era la concurrencia

55. *El Grito Popular*, 15 mayo 1911.

56. *El Despertar de los Trabajadores*, 21 mar. 1914.

57. *El Grito Popular*, 26 mayo 1911.

58. Así lo recuerda Lafertte en sus memorias, puntualizando sí que los peregrinos del Norte Grande “iban a ellas, algunos con espíritu religioso, otros a hacer negocios y los más simplemente a disfrutar del espectáculo, los bailes, procesiones, congregaciones de *chinos* [un tipo especial de bailarines devotos], *hermanaciones*, comilonas y la gran borrachera final, que dejaba tendidos por los caminos a cientos de fieles”; *Vida de un comunista*, 26.

a la festividad tarapaqueña de La Tirana, donde entonces como ahora se bailaba, rezaba y agradecía a la Virgen de dicha localidad por los favores concedidos o por conceder. Existían en las oficinas y pueblos de la zona cofradías o agrupaciones obreras que se preparaban durante todo el año para homenajear a la Virgen con sus bailes y procesiones, preparando a tal efecto trajes especiales, estandartes y otros implementos de culto, y constituyéndose en un importante espacio de sociabilidad popular.<sup>59</sup> Un caudal importante de energías populares se canalizaba así hacia el culto religioso, distrayéndose de la militancia clasista.

Para los socialistas, por cierto, todo esto no era sino un signo más de ignorancia y superstición, “un verdadero y escandaloso acto de prostitución y robos, patrocinados por la iglesia y clero que explota los sentimientos salvajes de la humanidad ignorante”.<sup>60</sup> “La tal fiesta de la Tirana”, agregaba otro crítico de dichas devociones, “es una verdadera feria, y en medio de esa *chimuchina*, van los creyentes a rendir culto a sus promesas, más bien dicho, a dejarse explotar por frailes y gariteros”.<sup>61</sup> Trasladando esos juicios a un plano más general, afirmaba Recabarren que por creer en Dios y por confiar en la felicidad que se les ha dicho dará Dios en la vida eterna, los pueblos habían vivido en la indiferencia por las cosas de la Tierra. Este error habría sido cuidadosamente cultivado por quienes él denominaba los “fundadores de Dios”, sabiendo aprovecharse de la credulidad popular para sus propios fines y para la conservación de las jerarquías establecidas.<sup>62</sup> Particularmente preocupante le resultaba dicha disposición en el caso de las mujeres, a quienes el socialismo obrero percibía como mucho más permeables a los influjos de la religión. “Nosotras, las mujeres”, fulminaba la militante Teresa Flores, compañera de Recabarren, “por nuestra propia ignorancia nos hallamos en las tinieblas del fanatismo”. Exhortaba a sus compañeras a dar curso a su inteligencia en algo más útil para la humanidad, reemplazando el libro de misa por el periódico y el libro educativo, capaz de iluminar los cerebros oscurecidos durante tantos siglos.<sup>63</sup> La religión, en suma, se erigía como otro importante obstáculo entre el pueblo real y el proletariado redentor.

De comparable cuidado les parecía a los obreros socialistas la “religión laica”

59. Sobre la Fiesta de la Tirana, que aún hoy concita una fuerte devoción popular en la zona y en todo el país, ver Jan van Kessel, *Lucero del desierto: Lucero brillante: Música popular y movimiento social* (Ámsterdam: Freijuniversitat, 1987); Lautaro Núñez, *La Tirana del Tamarugal: Del misterio al sacramento* (Antofagasta: Univ. del Norte, 1989).

60. *El Despertar de los Trabajadores*, 22 jul. 1913.

61. *El Grito Popular*, 16 jul. 1911.

62. *El Despertar de los Trabajadores*, 30 ene. 1915.

63. *El Despertar de los Trabajadores*, 1 jul. 1913.

del patriotismo, cuyo ascendiente entre el elemento popular en las fronterizas y multinacionales provincias salitreras era innegable. Habiendo participado muchos de ellos directamente en la Guerra del Pacífico, y siendo la convivencia con trabajadores y patrones extranjeros un dato de su cotidianeidad, los sentimientos nacionalistas se expresaban en el proletariado pampino con frecuencia e intensidad. Como se ha demostrado en trabajos anteriores, en lo que respecta a las regiones salitreras los escritores nacionalistas al estilo de Roberto Hernández o Víctor Domingo Silva no andaban muy desencaminados cuando afirmaban que el roto chileno rendía una especie de culto a la bandera, y que por defenderla de supuestos agravios estaba dispuesto a incurrir en todo tipo de excesos. Lo mismo ocurría con otros símbolos y efemérides alusivos a la chilenidad, y en general con cualquier referencia que de alguna u otra forma tocara las lealtades nacionales.<sup>64</sup> Una recopilación de poesía popular publicada durante la década de 1900 en la prensa obrera de Iquique, a la que podría suponerse más alejada de los discursos hegemónicos, abunda en composiciones del patriotismo más convencional, al estilo de la escrita en la Oficina Santa Clara por Felipe Marcial Garcés:

Una copa brindaré  
 Con sentimientos sinceros  
 Por esos nobles guerreros  
 De mil ochocientos diez,  
 Por todos a una vez,  
 Hoy que recuerdo los nombres  
 De esos invencibles hombres  
 Que a Chile libre dejaron  
 Y que tres siglos lucharon  
 Por cimentar su renombre.

Brindo, sí, por mi nación,  
 Por nuestra patria querida,  
 Por quien rendiré la vida  
 Al defender su pendón:  
 Brindo por el gran campeón  
 Don José Miguel Carrera,  
 Que en la Araucanía entera

64. Ver Pinto, Valdivia y Artaza, "Patria y clase"; y Verónica Valdivia, "Por los fueros de la patria: ¿Qué patria? Los trabajadores pampinos en la época del Centenario", *Si Somos Americanos* (Univ. Arturo Prat) 5 (2004).

Supo alzar alta la frente  
 Por hacerse independiente  
 De aquella España altanera.<sup>65</sup>

Otro poeta pampino, Casiano Aguirre, reaccionaba en 1902 a las tensiones limítrofes con Argentina, apelando al nacionalismo más militarista y visceral, en unas décimas tituladas “El parecer de los argentinos y el heroísmo del roto chileno” (nótese que aquí no se elude el recordado vocablo):

Valiente pueblo chileno  
 No hay que bajar de opinión  
 A defender la nación  
 Cuando nos llama el gobierno  
  
 Si el gaucho del otro lado  
 Piensa que nos va a pegar,  
 Bien se puede equivocar  
 Y quedar avergonzado,  
 Sepa que en Chile el soldado  
 Defiende su pabellón,  
 Descendiente de araucanos:  
 Teniendo el rifle en las manos  
 No hay que bajar de opinión.<sup>66</sup>

A los pocos meses de haber llegado Recabarren a Tarapacá, se desató un movimiento de extrema violencia nacionalista en contra de la población peruana residente —las llamadas Ligas Patrióticas—, en que el elemento popular no estuvo precisamente ausente. Y aunque los partidarios del dirigente socialista intentaron desde un comienzo descalificar la espontaneidad del fenómeno, atribuyéndolo a una maniobra de políticos burgueses y funcionarios administrativos empeñados en desviar la atención pública, no pudieron negar que muchos “trabajadores acudieron entusiasmados a engrosar las filas de la famosa Liga”.<sup>67</sup>

65. Sergio González M., María Angélica Illanes y Luis Moulian, comps., *Poemario popular de Tarapacá, 1899–1910* (Santiago: DIBAM, 1998), 141.

66. *Ibid.*, 181–82.

67. *El Grito Popular*, 2 jul. 1911. Sobre las Ligas Patrióticas tarapaqueñas, ver también Sergio González, Carlos Maldonado y Sandra McGee Deutsch, “Las Ligas Patrióticas: Un caso de nacionalismo, xenofobia y lucha social en Chile”, *Canadian Review of Studies in Nationalism* 21, nos. 1–2 (1994); y Verónica Valdivia, “Por los fueros de la patria”, y Valdivia, “Las Ligas Patrióticas de Tarapacá: ¿Comunidad imaginada, xenofobia o fascismo?” (ms. inédito).

Haciendo alusión a una expresión patriótica menos vinculada a una determinada coyuntura política, la prensa, adicta a Recabarren, deploraba el entusiasmo exhibido por los jóvenes trabajadores llamados a cumplir la ley de servicio militar obligatorio: “¡Pobre juventud obrera, tan sumisa que eres con tus tiranos! Vais a aprender a matar, para que algún día os ordenen asesinar a vuestros padres o hermanos o compañeros de trabajo!”.<sup>68</sup> La indignación socialista solía llegar al paroxismo para la celebración del día de la independencia (18 de septiembre), cuando el desborde patriótico se unía a la destemplanza en los festejos para dibujar un cuadro que el dirigente portuario Román Saldivia calificaba con las tintas más sombrías: “He aquí señores, el fruto de tanta fiesta: he aquí que por la ociosidad que producen tantos días de fiestas patrias y religiosas; se arrastra al pueblo a una degradación moral, y a su degeneración de raza”.<sup>69</sup> Considerando que Recabarren venía declamando desde 1910 que el pueblo no tenía nada que celebrar en dicha efeméride —pues ningún avance concreto había conseguido en cien años de vida nominativamente libre—, no era extraño que el regocijo con que muchos recordaban esas fiestas le pareciese “loco e inconsciente”.<sup>70</sup> En definitiva, no había a su juicio demasiada distancia entre ese desenfreno festivo, las conductas “bárbaras” que en general tanto ofendían a los socialistas, y los desmanes protagonizados por las Ligas Patrióticas en contra de los peruanos (“[N]o se reúne una vez un grupo de gente a tratar de su patriotismo sin que su efervescencia la lance a realizar actos poco cultos, como los asaltos a determinadas casas, pedradas, insultos y gritos que a nada conducen”).<sup>71</sup> Todos ellos distraían a la clase trabajadora de sus verdaderas necesidades y objetivos, y consolidaban una ficticia unidad nacional que sería un imposible en tanto siguiesen ahondándose las desigualdades económicas y sociales.<sup>72</sup>

Sin embargo, el arraigo del nacionalismo entre la masa obrera era tan poderoso que los cargos de antipatriotismo que sus detractores prodigaban al socialismo obrero se convirtieron en uno de sus principales dilemas doctrinarios, obligándolo a realizar verdaderas acrobacias dialécticas para liberarse de semejante estigma. La prensa burguesa acusaba al socialismo de predicar el odio a la bandera y a la patria, insultando los valores más nobles.<sup>73</sup> Para demostrar

68. *El Grito Popular*, 6 mayo 1911.

69. *El Despertar de los Trabajadores*, 11 sep. 1913.

70. *El Grito Popular*, 17 sep. 1911. El escrito en que Recabarren desarrolla esta idea se titula “Ricos y pobres”, y fue dictado originalmente como conferencia en la ciudad de Rengo, el 3 sep. 1910; ver Recabarren, *El pensamiento*, 1:165–205.

71. *El Grito Popular*, 23 jul. 1911.

72. *El Despertar de los Trabajadores*, 15 nov. 1914.

73. *El Despertar de los Trabajadores*, 28 abr. 1914.

que no era así, Recabarren desafió al director del diario liberal *El Nacional* a un debate público en un teatro iquiqueño, argumentando allí que el patriotismo que los socialistas impugnaban era sólo el que hacía un culto de las glorias militares y un fetiche de la bandera. Esa doctrina militarista y destructora, concedía, era contraria a los principios que sus correligionarios defendían, pero era al mismo tiempo contraproducente para la propia patria que se pretendía enaltecer. Por el contrario, la obra socialista de regeneración popular —con su combate al alcoholismo, al juego y a la prostitución, y con su cultivo de las virtudes cívicas y la ilustración universal— era el verdadero patriotismo, que propendía a la elevación de los miembros de la comunidad nacional sin fomentar el odio al extranjero. Los socialistas amaban la patria al mismo tiempo que amaban a la humanidad, no en contradicción con ella. Así, “[E]l pueblo culto, instruido, que el socialismo forma con su propaganda, es la más segura vanguardia de la patria moderna, pues es superior al patriota alcoholizado que denigra su bandera y su nombre”.<sup>74</sup> Ese “patriota alcoholizado”, por cierto, se asemejaba mucho al personaje descrito por la pluma de Roberto Hernández.

En suma, la construcción de una nueva identidad obrera se tropezaba con numerosos inconvenientes emanados de la antigua cultura peonal —y, podría agregarse, de los discursos hegemónicos por entonces en boga— que, pese a la modernización de las relaciones y procesos productivos, se resistían a desaparecer. Como se verá en otra sección de este artículo, el problema no se circunscribía solamente a los hábitos propios de los sujetos populares, sino a la inserción de éstos en la sociedad más amplia y a sus nexos consuetudinarios con empleadores, dirigentes políticos y autoridades. Todo eso, sumado a la novedad y a las tremendas exigencias personales y sociales del credo socialista, se traducían en una actitud popular que transitaba con mucha facilidad entre la indiferencia, la desconfianza, la hostilidad abierta y la burla. Y si la tarea ya era ardua tratándose de los hombres, con su mayor trayectoria de actuación pública y de organización social, mucho más lo era en relación a las mujeres, sometidas a la doble esclavitud del hogar y del taller, fábrica, almacén u oficina, y por tanto ocultas por “una sombra inmensa, como montaña, que la detiene en su marcha hacia el progreso”.<sup>75</sup> Había pues que armarse de toda la paciencia del mundo para convencer a un pueblo mayoritariamente refractario, “porque la abyección en

74. Ibid. La conferencia pronunciada por Recabarren en el mencionado debate público fue publicada como folleto con el título “Patria y patriotismo”, reproducida en Recabarren, *El pensamiento*. Una reconstrucción del debate mismo en Lafertte, *Vida de un comunista*, 91–95; y también en *El Despertar de los Trabajadores*, 12 mayo 1914.

75. *El Grito Popular*, 6 sep. 1911.

que viven no les permite comprender lo que hacen, ni lo que hacemos”, respecto de las bondades de la transformación que se les ofrecía.<sup>76</sup> Lo que se imponía, en definitiva, era promover un verdadero “despertar de los trabajadores”, que fue precisamente el nombre con que Recabarren bautizó al más exitoso y recordado periódico de sus años salitreros.

### Los instrumentos de la regeneración

La fórmula más socorrida para salvar la considerable distancia que mediaba entre el pueblo real y la clase obrera imaginada fue, como podrá adivinarse, la “ilustración”. Ésta, como se dijo antes, se entendía en su acepción racionalista dieciochesca, y por tanto se confundía con el estudio formal y sistemático, particularmente a través de la lectura. “La lectura”, pontificaba la prensa socialista, “aleja a los trabajadores del vicio, perfecciona su inteligencia, y señala el camino de la felicidad y de la libertad”.<sup>77</sup> Se fomentaba para su cultivo la creación de salas de lectura, la implementación de bibliotecas populares, y la asistencia de los obreros a escuelas nocturnas regentadas por sus propias organizaciones. Asimismo, Recabarren solía recorrer los centros de trabajo, según la descripción de Lafertte, cargado de paquetes llenos de folletos y libros, de los cuales no se separaba mientras viajaba.<sup>78</sup> Por razones prácticas fáciles de adivinar, y siguiendo una tendencia internacional del movimiento obrero en esta etapa de su historia, el papel estratégico en la difusión de este valorado hábito lo desempeñó la prensa obrera, de acceso más barato, presentación más variada y didáctica y capacidad mucho mayor de difusión. El propio Recabarren ejercía el oficio de tipógrafo, y se caracterizó a lo largo de su vida por ser un fundador incansable de periódicos obreros (“[F]undar periódicos”, decía Lafertte, “era para Recabarren una especie de obsesión”).<sup>79</sup> Recién llegado a Iquique, y descubriendo que desde hacía más de un año no existía allí ninguna prensa obrera, organizó *El Grito Popular*, y luego, desde enero de 1912, el mucho más conocido *Despertar de los Trabajadores*, que circuló hasta que la dictadura de Carlos Ibáñez lo clausuró definitivamente en 1927. Bregando por mantener la continuidad de un medio editado en tan precarias condiciones, y cuya subsistencia dependía básicamente de la lealtad del público lector, el prócer socialista no vacilaba en calificar a la prensa obrera como “arma poderosa” y “principal obra”, puesto que sin ella no podía progresar

76. *El Despertar de los Trabajadores*, 1 ene. 1914.

77. *El Grito Popular*, 28 abr. 1911.

78. Lafertte, *Vida de un comunista*, 77.

79. *Ibid.*, 122-23.

ninguna idea, ningún proyecto, ningún propósito.<sup>80</sup> “Desde las columnas de la prensa”, decía en otra parte, “el socialismo hace notar gráficamente los absurdos y los defectos monstruosos que existen todavía en el día de hoy amparados por la sociedad burguesa y adoptados como costumbres sociales”.<sup>81</sup> La prensa, en suma, y como ya lo había dicho Lenin algunos años antes, era el ariete con que comenzaría la demolición del aborrecido orden capitalista.

Pero como todavía había muchos y muchas integrantes del mundo obrero que no sabían leer, o no habían desarrollado el gusto por la lectura, la palabra socialista debía también transmitirse por otros conductos. Uno de ellos era la simple lectura en voz alta de la prensa obrera, práctica que un testigo ni socialista ni obrero como Víctor Domingo Silva ha dejado registrada en sus relatos.<sup>82</sup> Otro, cultivado sistemáticamente, eran las conferencias, de llegada más directa y emotiva a un público no habituado a la lectura individual. “Bien se sabe”, decía al respecto una crónica obrera, “que la mayor parte de nuestro pueblo lee poco, unos porque no saben, otros porque no son aficionados a ello”. Todos, sin embargo, a decir del mismo cronista, “son partidarios de la palabra hablada”. Continuaba: “[T]odos prefieren, a la lectura el discurso, en que se palpa, puede decirse, el espíritu del orador, recibiendo directamente de él la enseñanza y la luz”.<sup>83</sup> La conferencia, concordaba Recabarren en su folleto *El Socialismo*, producía muy rápidas transformaciones en el modo de pensar de los seres humanos, y por tanto debía cultivarse con especial esmero. Él mismo era reconocido por todos sus contemporáneos, obreros o no, como un maestro en dicho arte, capaz de conmover y convencer hasta a los más escépticos. Señalaba Lafertte evocando la primera vez que lo vio en acción: “[E]ra extraordinaria la forma en que hablaba ese hombre. No usaba un tono dogmático o sentencioso ni frases que se parecieran a discursos, nada de eso. Por el contrario, su charla era sencilla, tranquila, pero animada y llena de enseñanzas. Infundía confianza oírlo, se despertaba el optimismo de uno, los deseos de actuar”.<sup>84</sup> Otros obreros dotados de esa misma capacidad escalaron rápidamente los peldaños del escalafón socialista, como ocurrió con Pedro Reyes, destinado a convertirse en dirigente nacional del futuro Partido Comunista y diputado ante el Congreso Nacional. Recordando una de sus primeras intervenciones públicas en el poblado salitrero de Zapiga, un testigo señalaba: “[H]abía curiosidad en oírlo y la curiosidad se torna

80. *El Despertar de los Trabajadores*, 31 mayo 1914.

81. Recabarren, *El Socialismo*, 71.

82. Ver *La pampa trágica*, 87.

83. *El Grito Popular*, 17 sep. 1911.

84. Lafertte, *Vida de un comunista*, 71.



en emoción y en admiración. Es un obrero pampino, es un hermano de trabajo el que habla, el que relata los sufrimientos, el que señala los remedios a la enfermedad de la miseria. El compañero Pedro Reyes, ha sabido arrancar aplausos y admiración. Su palabra conmovió al auditorio”.<sup>85</sup> Tanta era la confianza que se depositaba en este recurso que incluso se fomentó la creación de escuelas de oratoria para multiplicar el contingente de conferencistas obreros. Las charlas socialistas en ciudades y pueblos de la pampa se convirtieron en un espectáculo habitual del paisaje tarapaqueño, poniendo en contacto con esta propuesta a muchas personas a quienes no llegaba el mensaje escrito. Todos los sábados, proclamaba Recabarren con orgullo en relación a la acción de sus compañeros, se realizaba una conferencia pública en la Plaza Condell de Iquique, despertando el civismo de la población e instruyéndola sobre sus derechos. Y remachaba: “Así se hace obra educativa”.<sup>86</sup>

Pero si la palabra hablada podía resultar más persuasiva que la escrita, mucho mayor aun era el efecto de otras formas de expresión, que apuntaban a lo emotivo y a lo estético tanto como a lo estrictamente racional. Fue así como la acción proselitista por medio de la conferencia y de la prensa se vio rápidamente reforzada por toda una batería de acciones artístico-culturales, cuyos fines eran igualmente acercar al mundo obrero a la propuesta socialista. Recogiendo una antigua tradición que ya ha hecho su aparición en estas páginas, el socialismo obrero generó un torrente de poesía popular portadora del mensaje regenerador, transmitida por escrito o a través de la declamación oral. Un ejemplo de esto son unas décimas compuestas por un trabajador de la Oficina Santa Rita en homenaje a *El Despertar de los Trabajadores*:

Predicando nuevamente  
por el Socialismo Obrero  
con cariño el más sincero  
pongo mi pluma corriente.

Como una luz brilladora  
el Socialismo alumbró,  
esta Provincia invadió  
con su idea formadora  
como hermoso sol que dora  
con sus rayos el Oriente;  
despertando al inocente

85. *El Despertar de los Trabajadores*, 21 oct. 1913.

86. *El Despertar de los Trabajadores*, 12 mayo 1914.

Pueblo que se halla durmiendo;  
por eso estoy escribiendo,  
predicando nuevamente.<sup>87</sup>

El propio Recabarren era un cultor bastante asiduo de este género, como lo demuestra su poema “¡Adelante Socialistas!”:

Soldados de blusa de manos callosas  
mirad cómo hermosas las huestes están!  
Preparan la marcha. ¡Arriba la vista,  
que al ser Socialista  
se busca la vida de aquellos sin pan!

Allá en el mundano espacio infinito  
yo siento ese grito de ufano exigir,  
que clama justicia, en pléyade mixta;  
que al ser Socialista  
debemos con gloria: ¡Vencer o Morir!

Pedimos Justicia, queremos cultura  
y en nuestra locura deseamos triunfar.  
¡Arriba los genios con pecho de artista,  
que el ser Socialista  
metrallas y sables él debe aplastar!<sup>88</sup>

Otra expresión artística que gozaba de gran aceptación entre las filas populares era el teatro, cultivado desde hacía décadas por grupos de aficionados en las “sociedades filarmónicas” que funcionaban en la mayoría de las oficinas salitreras. Conscientes del efecto proselitista que éste podía ejercer, los socialistas obreros se preocuparon de escenificar obras “educativas”, e incluso de escribir las ellos mismos. Ejemplo de ello fueron *Flores rojas* y *Los vampiros*, del redactor de *El Despertar* Nicolás Aguirre Bretón, y *Redimida*, del propio Recabarren. Elías Lafertte, quien había participado en numerosos conjuntos teatrales antes de su conversión al socialismo, y siguió haciéndolo después, aclaraba que estas composiciones tenían un sentido básicamente político, de utilización del arte en la tarea de madurar a los trabajadores. Podían, por tanto, no tener gran valor teatral, pero respondían a las necesidades y al gusto de los socialistas.<sup>89</sup> En un

87. *El Despertar de los Trabajadores*, 29 ago. 1912.

88. *El Despertar de los Trabajadores*, 27 jul. 1912.

89. Lafertte, *Vida de un comunista*, 100–101.

registro similar, un comentarista de la obra *Flores rojas* (en que un joven idealista arrostraba todos los sacrificios por salvar a su amada del “naufragio moral en que caen la mayoría de las jóvenes que son casadas sin amor”) señalaba que literariamente la obra podía adolecer de algún defecto, pero que habiendo sido escrita para los obreros, para educar su corazón, para ennoblecer su espíritu, y encima por un compañero, cualquier defecto resultaba perdonable.<sup>90</sup>

También la música formó parte del repertorio comunicacional de los seguidores de Recabarren, quienes organizaron una estudiantina y un Coro Socialista que, entonando melodías revolucionarias como “Hijo del Pueblo”, “Himno a la Temperancia”, y sobre todo “La Internacional”, eran número obligado en todas las actividades partidistas.<sup>91</sup> Refiriéndose a una iniciativa análoga desarrollada por los militantes del vecino puerto de Tocopilla, Recabarren se complacía en recordar que cada noche de ensayo se atestaba sobre las puertas y ventanas del salón societario una multitud de curiosos que oían con admiración y alegría “esos cantos que les anuncian un mundo mejor para el porvenir”.<sup>92</sup>

En la misma línea de proselitismo recreativo, no escapó a los socialistas obreros la tremenda potencialidad que podía tener un invento reciente como el “biógrafo”, que por aquellos años iniciaba su difusión masiva en Chile. Decididos a formar un “Biógrafo Obrero”, iniciaron una colecta destinada a acondicionar las instalaciones y equipos correspondientes para poder proyectar películas en medio de las veladas culturales que se realizaban periódicamente. “Esta hermosísima aspiración”, justificaban sus promotores, “de adquirir elementos importantes para el desarrollo de la obra educativa, se llevará a práctica por el concurso de toda la clase trabajadora que comprende ya la necesidad de esta acción”.<sup>93</sup> La asistencia a las funciones cinematográficas, se pensaba, contribuiría al desarrollo del arte y la educación artística, aumentando la cultura de las familias obreras, aun cuando las películas exhibidas (por ejemplo, “El Hombre Pájaro, película realista; La Hija del Pescador, drama emocionante; Un Perseguidor Obstinado, cómica”) no tuviesen un sello muy reconociblemente clasista.<sup>94</sup> En todo caso, se confiaba que las representaciones teatrales, las declamaciones poéticas, los himnos revolucionarios y las proyecciones de biógrafo facilitarían el tránsito del público popular, impulsado por el sentimiento tanto como por la razón, desde la barbarie hacia la civilización.

90. *El Despertar de los Trabajadores*, 12 mar. 1912.

91. *El Despertar de los Trabajadores*, 13 jul. y 7 dic. 1912.

92. *El Despertar de los Trabajadores*, 8 dic. 1914.

93. *El Despertar de los Trabajadores*, 23 sep. 1913; ver también la edición del 31 mayo 1913.

94. *El Despertar de los Trabajadores*, 23 sep. y 6 dic. 1913.

Si la “ilustración”, en sus múltiples facetas, era el instrumento privilegiado para operar este cambio, no menos importante era el papel que el socialismo obrero le asignaba en esta tarea a la organización. Apelando aquí más a los intereses que al espíritu, más a la necesidad de solucionar los problemas materiales que a un hipotético impulso hacia el perfeccionamiento moral, se esperaba que la colaboración en luchas e iniciativas comunes fuera fortaleciendo en los obreros los sentimientos de solidaridad y compañerismo que permitirían avanzar hacia una sociedad sin desigualdades ni jerarquías. El primer eslabón de la cadena, el más cercano al interés material “puro”, era la organización gremial, de existencia por lo demás bastante antigua en el movimiento popular chileno y mundial. “Sólo esta forma de organización”, puntualizaba al respecto Recabarren, “puede dar a cada asalariado la conciencia de su rol social, la fuerza de su redención, y la capacidad para avanzar progresivamente hacia la vida social orgánica del futuro que haga del hombre y de la mujer un ser social libre de toda explotación y tiranía y dueño del fruto de su trabajo, dueño de un indiscutible derecho a gozar de todo lo gozable en la vida”.<sup>95</sup> La participación en esta forma muy concreta de sociabilidad, se pensaba, otorgaría al obrero la gratificación de satisfacer demandas inmediatas a la vez que lo preparaba para un futuro en que todos serían trabajadores, y en que la sociedad misma sería organizada y gobernada por federaciones gremiales. En consecuencia, el socialismo obrero se abocó desde un comienzo a la tarea de atraer hacia sus filas a los gremios ya existentes, como portuarios y panaderos, así como de crear gremios nuevos en aquellos oficios que hasta la fecha no habían podido organizarse autónomamente. Característica de esta labor fue la creación de Sociedades de Defensa del Trabajo de Oficios Varios, las que congregaban a obreros (y también a empleados, sobre todo de establecimientos comerciales) más “conscientes”, de diversos sectores de actividad, para que su acción sirviera de inspiración a otros compañeros menos convencidos o entusiastas. Resumiendo el sentido que se le otorgaba a esta línea de acción, el obrero Pérez de la oficina Mercedes expresaba al dirigente Salvador Barra Woll, a la sazón Secretario de la Sociedad Defensa del Trabajo de Oficios Varios, su convicción de que “estando los trabajadores organizados desaparecerá el menosprecio y tiranía y lucharemos unidos por el mejoramiento en general y al mismo tiempo seríamos respetados y apreciados como obreros honrados y meritorios y no como salvajes o plebe inconsciente como somos considerados hoy día”.<sup>96</sup>

95. *El Despertar de los Trabajadores*, 25 mar. 1915.

96. *El Despertar de los Trabajadores*, 6 feb. 1913.

Incluso más edificante que el gremio como forma de organización, por estar menos anclada en intereses egoístas y por no obedecer a la lógica competitiva propia del capitalismo, eran las cooperativas obreras. Comparadas con los gremios, contaminados por el inevitable contacto con el empleador, las cooperativas suministraban un medio de organización libre de relaciones de explotación y subordinación. Asociándose voluntariamente como consumidores o productores, los trabajadores podrían tomar el control directo de la elaboración de su producto o la satisfacción de sus necesidades, obviando la intermediación de patrones y comerciantes. De esa forma, y sin salirse del sistema capitalista, podrían irse familiarizando y tomando confianza en el tipo de acción colaborativa y horizontal que supuestamente caracterizaría la sociedad futura. Aun requiriendo de un mayor esfuerzo, y sin tener la vistosidad confrontacional de la acción desarrollada por los gremios, la cooperativa se vislumbraba como más revolucionaria y más eficaz para la transformación perseguida por el socialismo. Así, “[C]uando el progreso de las cooperativas llegue al mayor grado de riqueza y de poder, irá motivando la clausura de las industrias y del comercio burgués y de esta manera se habrá reemplazado el actual régimen industrial burgués, por el régimen industrial socialista en el cual, progresando también por grados, irá desapareciendo toda forma o vestigio de explotación hasta que llegue el momento en que cada trabajador reciba el fruto íntegro de su trabajo”.<sup>97</sup>

Convencido de ello, el socialismo obrero se esmeró por demostrar prácticamente las bondades del principio cooperativista. El propio *Despertar de los Trabajadores* comenzó siendo propiedad de una Cooperativa Obrera Tipográfica por acciones, las que —vendidas a precios módicos a lectores y simpatizantes— tendían a crear una suerte de compromiso colectivo para el sostén de ese órgano comunicacional. Una iniciativa análoga fue la Cooperativa de Pan organizada durante 1913 para ofrecer al público iquiqueño un producto más económico y a la vez de mejor calidad que el ofrecido por el comercio regular. La entusiasta acogida brindada a esta iniciativa se expresó en el funcionamiento simultáneo de dos “panaderías obreras” durante varios meses, según Lafertte, “con el beneplácito de las dueñas de casa y los obreros iquiqueños”.<sup>98</sup> En pocos meses, la Cooperativa de Pan copó una parte importante del mercado iquiqueño, inspirando iniciativas similares en la pampa y atrayendo hacia el socialismo a muchas personas previamente indiferentes. La satisfacción de una necesidad tan

97. Recabarren, *El Socialismo*, 56–59. Ver también una serie de cinco artículos publicada en *El Grito Popular*, 18, 21, 24, 26 y 28 mayo 1911.

98. Lafertte, *Vida de un comunista*, 104.

inmediata como el consumo de pan, entonces como ahora uno de los elementos centrales de la dieta popular chilena, debía tener un impacto evidentemente mucho más masivo que la prédica doctrinaria o la asistencia a charlas y eventos culturales. Sin embargo, la hostilidad de las empresas establecidas, que montaron una insostenible guerra de precios, y diversos conflictos estallados entre los propios socios de la cooperativa, terminaron provocando el fracaso de tan novedoso proyecto. Quedaba en la retina, con todo, la imagen de una empresa netamente obrera que, en medio de los obstáculos levantados por la competencia capitalista, había sido capaz de hacer una demostración práctica de un principio organizativo diferente al que articulaba el orden socioeconómico existente.<sup>99</sup>

Una tercera instancia organizativa destinada a ir construyendo la nueva clase obrera era el partido político, orientado a familiarizar a los trabajadores con la ocupación del espacio público, y sobre todo a hacerlo desde una posición autónoma y netamente clasista. “Cuando vemos que de los poderes políticos la clase capitalista hace un poder de opresión para el pueblo y de beneficio para ella”, argumentaba Recabarren, “comprendemos la necesidad de que nosotros recurramos a usar los poderes políticos para hacerlos servir nuestra doctrina y para eso es preciso conquistarlos”.<sup>100</sup> Dicho de otro modo, si el proletariado se proponía transformar radicalmente la organización social, debía plantearse de manera consciente y sistemática el problema del poder, disputándolo dentro de los espacios existentes (electoral, municipal, parlamentario) y acumulando experiencia para su posterior conquista definitiva. Considerando además que las clases sociales poseían intereses antagónicos, no podían los trabajadores seguir confiando su representación a los partidos burgueses, como había venido sucediendo cada vez con más fuerza desde la década de 1890. Los trabajadores, puntualizaba una crónica periodística, tenían intereses específicos de clase que defender, que no podían ser asumidos por la burguesía.<sup>101</sup>

De hecho, la adhesión popular a los partidos establecidos —ya sea a través de relaciones clientelísticas o de la venta del voto (el muy vilipendiado “cohecho”)— era denunciada por el socialismo obrero como una claudicación de los derechos ciudadanos y un reforzamiento de su subordinación.<sup>102</sup> “¿No com-

99. El folleto promocional de la Cooperativa de Pan aparece en *El Despertar de los Trabajadores* del 19 nov. 1912; la trayectoria posterior de esta empresa, hasta su cierre final, puede reconstruirse a través de la misma fuente en sus ediciones de 1913, y en forma resumida en Lafertte, *Vida de un comunista*, 103–5.

100. Recabarren, *El Socialismo*, 61.

101. *El Grito Popular*, 7 mayo 1911.

102. La adscripción de ciertos sectores obreros tarapaqueños a los partidos “burgueses” de la época, especialmente radicales y balmacedistas, ha sido analizada en Pinto, *Trabajos y rebeldías*, cap. 6.

prenden?”; interrogaba al respecto Recabarren, “¿que en partidos donde están reunidos explotadores y explotados, opresores y oprimidos, sólo conseguirán aumentar sus desdichas y reforzar el poder de los explotadores?”.<sup>103</sup> Motivado por este diagnóstico, el referido dirigente consagró sus primeros meses de residencia iquiqueña a rearticular la alicaída sección local del Partido Demócrata, en el cual militaba desde 1894. A poco andar, desencantado por los devaneos de su antiguo partido con el sistema político imperante, encaminó a sus seguidores hacia la fundación de una organización que se identificara exclusivamente con la causa y los intereses obreros. Así nació, el 24 de mayo de 1912, entre los trabajadores de la oficina salitrera Cholita, el Partido Obrero Socialista, acontecimiento que resultaría ser de trascendente proyección para el futuro de la izquierda chilena. En lo inmediato, su acción serviría para coordinar toda la gama de iniciativas societarias desplegadas en la zona, y de paso para demostrarles a los trabajadores que la militancia en un partido obrero involucraba mucho más que el mero ejercicio electoral. A diferencia de los partidos burgueses, el POS se presentaba como un núcleo anunciatorio de todos los cambios sociales por los que debía inclinarse el mundo trabajador. “Ser socialista”, se les decía, “es vivir en otro mundo muy distinto al mundo que nos ofrece la actual sociedad”.<sup>104</sup>

Con todo, la formación de gremios, cooperativas y partidos obreros no marcaba una ruptura tan radical con el camino ya recorrido por el movimiento social regional y nacional, habiendo existido numerosos precedentes para cada una de esas líneas de acción. Mucho más innovadora fue en ese sentido una cuarta expresión organizacional patentada por el socialismo naciente: los centros femeninos, organizaciones que a poco andar se convertirían en uno de sus sellos más distintivos. Como se ha visto, la postergación de la mujer y la urgencia de incorporarla a las luchas obreras constituía una verdadera obsesión para Recabarren, quien le destinó a dicho tema innumerables energías, palabras y gestos. Acompañado en esa preocupación por su compañera Teresa Flores y otras pocas simpatizantes del socialismo local como Juana Villalba y Rosa Valdivia, el 21 de abril de 1913 dieron vida al Centro Femenino Anti-Clerical Belén de Sárraga, organización que aglutinaría la acción emancipadora femenina en un

103. *El Despertar de los Trabajadores*, 25 dic. 1914.

104. *El Despertar de los Trabajadores*, 3 mar. 1914. Para un análisis más específico del POS tarapaqueño, ver Julio Pinto V., “Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista”, *Historia* (Pontificia Univ. Católica de Chile) 32 (1999); y Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o “Querida Chusma”? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911–1932)* (Santiago: LOM Ediciones, 2001). Para la historia general del POS, ver Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile* (Santiago: Austral, 1965); y Fernando Ortiz Letelier, *El movimiento obrero en Chile, 1891–1919* (Madrid: Michay, 1985).

cauce supuestamente paralelo al del POS propiamente tal.<sup>105</sup> Es sintomático del diagnóstico socialista sobre la conciencia de la mujer que el eje doctrinario de este centro haya sido el anticlericalismo, siendo su nombre precisamente un homenaje a la activista española Belén de Sárraga, quien había visitado la zona pocas semanas antes pronunciando conferencias críticas a la Iglesia y provocando verdadera conmoción en los círculos políticos y sociales.

Para Recabarren, Belén de Sárraga encarnaba todas las cualidades que a su parecer caracterizaban a la mujer liberada: voluntariosa, independiente, culta y combativa, comprometida en una cruzada emancipadora que él veía como análoga a la suya.<sup>106</sup> Como ella, el socialismo obrero tarapaqueño identificó a la religión y a la influencia de la Iglesia como los principales obstáculos para la ilustración de la mujer y su incorporación a las luchas sociales, de modo que fue en ese espacio donde se concentró el accionar y la propaganda del Centro Femenino. Desplegado a través de conferencias, desfiles, escritos y toda la gama de manifestaciones propias de esa sociabilidad, este quehacer fue consolidando un núcleo de mujeres férreamente comprometidas con el socialismo, y que de hecho se convertiría en uno de los rasgos más originales (y resistidos) de dicha propuesta. Para las elecciones parlamentarias de 1915, por ejemplo, la acción proselitista del Centro Femenino en apoyo a los candidatos socialistas llamó poderosamente la atención pública, precisamente por provenir de un género excluido de los derechos políticos y tradicionalmente ausente de tales lides. La novedad provocó el rechazo de muchos hombres, la inmensa mayoría proletarios, quienes, al decir de la prensa socialista, “ebrios de abyección las insultaban groseramente sin darse cuenta de lo que hacían”.<sup>107</sup> Por cierto, y como lo ha demostrado Elizabeth Hutchison, no era ésta la primera vez en Chile, o incluso en Tarapacá, que las mujeres de la clase obrera se organizaban y actuaban colectivamente.<sup>108</sup> La militancia socialista femenina, sin embargo, y pese a subsistir fuertes ambivalencias entre sus propios compañeros en cuanto al alcance que debía dársele a la igualdad de derechos entre los sexos, señalaba un proceso de transformación integral que, al menos en su ambición, encontraba pocos precedentes en esa sociedad regional. La incorporación activa, y no sólo discursiva, de la mujer en las luchas sociales constituía otra prueba con-

105. *El Despertar de los Trabajadores*, 22 abr. 1913.

106. El impacto en Chile de Belén de Sárraga ha sido objeto del libro de Luis Vitale y Julia Antivilo, *Belén de Sárraga: Precursora del feminismo hispanoamericano* (Santiago: Cesoc, 1999). Su paso por Iquique ha sido evocado en Lafertte, *Vida de un comunista*, 87–89.

107. *El Despertar de los Trabajadores*, 9 mar. 1915.

108. Hutchison, *Labors Appropriate to Their Sex*.



creta de las transformaciones culturales que el socialismo obrero se proponía articular.<sup>109</sup>

Pero si el socialismo pretendía disputarle las mentes y los corazones a referentes ideológicos tan poderosos como el catolicismo o el nacionalismo, no bastaba con la labor educativa y organizativa hasta aquí reseñada: la lucha debía también darse en el plano de lo simbólico. Sin el instrumental antropológico o semiótico apropiado, no es mucho lo que se puede profundizar aquí en el análisis de esta tercera y fundamental variable. Sin embargo, al menos se puede hacer una rápida reseña de algunas de sus expresiones más visibles —muy similares, por lo demás, a las estudiadas por Juan Suriano en el contexto de la cultura anarquista bonaerense.<sup>110</sup> Se puede aludir, por ejemplo, a la reiteración de desfiles, manifestaciones y comicios públicos que el POS fue convirtiendo en una rutina análoga a la de los servicios religiosos. Reunidos con mucha frecuencia para escuchar o presenciar las mismas actividades (conferencias, discursos, canciones, recitaciones poéticas), los militantes tomaban conciencia física de su comunidad de ideales, refrendada por cánticos y consignas que iban asumiendo un carácter cada vez más ritualizado. Particular relevancia cobraban en estas ocasiones los himnos coreados al unísono, especialmente el “Hijo del Pueblo” y “La Internacional”, repetidos una y otra vez en medio del entusiasmo de los concurrentes. Similar función cumplían los estandartes y banderas por las que los socialistas se distinguían simbólicamente de otros “credos” locales. Así, la inauguración de una “Casa del Pueblo” destinada a albergar a todas las organizaciones obreras de Iquique se solemnizó de manera especial con el izamiento de todas las banderas societarias a los sonos de “La Marsellesa”, brindando un espectáculo que emocionó a los centenares de asistentes: “[E]l edificio presentaba un soberbio golpe de vista con las banderas rojas, flameando triunfantes y en alto por la voluntad de los trabajadores organizados”.<sup>111</sup> Este tipo de expansiones, por cierto, no podían dejar de suscitar roces con los sectores nacionalistas, para quienes el culto al pabellón nacional no podía someterse al escarnio de enfrentar símbolos rivales. Acusados reiterativamente de “ultrajar” la bandera chilena, los dirigentes socialistas debieron salir en defensa del mayor valor moral del “trapo rojo”, según lo

109. Debe puntualizarse a este respecto que el discurso anarquista tarapaqueño también había insistido mucho en la igualdad de los sexos, pero no se conocen expresiones organizativas concretas de este postulado, con participación de mujeres, equivalentes a las desarrolladas por el POS; ver Julio Pinto V., “El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿Apóstoles o líderes?”, en *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Pablo Artaza et al. (Santiago: DIBAM / LOM / Univ. Arturo Prat, 1998).

110. Suriano, *Anarquistas*, esp. cap. 8.

111. *El Despertar de los Trabajadores*, 12 ago. 1913.

denominaban, que simbolizaba no el particularismo estrecho ni la guerra, sino la unión internacional de los trabajadores: “¡Qué diferencia! ¡La bandera roja no guía ejércitos! La bandera roja guía la familia hacia la paz, hacia el amor, hacia la fraternidad hermosa de los pueblos”.<sup>112</sup> En el plano ético, por tanto, el socialismo se situaba a sí mismo por encima de sus más encarnizados detractores.

Otro espacio simbólico que se estimó necesario ocupar fue el de las efemérides y fechas conmemorativas, en las que también se debía rivalizar con las ya oficialmente consagradas por la Iglesia y el Estado. La más significativa entre éstas llegó a ser, por supuesto, el Primero de Mayo, Día Internacional del Trabajo.<sup>113</sup> Para el Primero de Mayo de 1911, el recién estrenado *Grito Popular* sacó una edición especial ilustrada, adornada por una alegoría en que se podía apreciar, sobre una imagen del globo terráqueo, “dominándolo, la pareja humana, la pareja proletaria, [que] con cariñosa fraternidad, lleva en alto la bandera roja con que saluda al socialismo que se eleva, que se impone y que alumbra en esta fecha escogida”. Sin tener aún las fuerzas necesarias para convocar a una celebración callejera, se realizó una conferencia en el local del periódico, donde el dirigente obrero Enrique Salas precisó que lo celebrado era “una fiesta Universal celebrada por miles de obreros conscientes, ilustrados”, en tanto que Recabarren aplaudía la iniciativa de los trabajadores de Santiago de presentar, invocando por primera vez en Chile la representación de todos los trabajadores del territorio, un memorial con demandas de orden social.<sup>114</sup>

Dos años después, ya bajo la tutela del Partido Obrero Socialista, las celebraciones alcanzaron mucho mayor revuelo, siendo la primera vez, según recordaba emocionadamente Lafertte, “que los socialistas salimos a conmemorar el día del trabajo en plena calle, fuera de los locales sindicales o partidarios”.<sup>115</sup> El lugar elegido para congregarse fue nada menos que la plaza principal de Iquique, y se aprovechó también la ocasión para inaugurar la antes mencionada panadería obrera, primera muestra concreta —al menos bajo conducción socialista— de la capacidad obrera de organizar sus propias empresas para satisfacer sus necesidades básicas. Aunque se congregaron varios miles de personas en las diversas actividades que jalónaron el día, se hizo hincapié en que la clase trabajadora organizada se presentaba ante el público “cultísima, educada, capaz

112. Recabarren, *Patria y patriotismo*.

113. Sobre la historia de esta celebración, ver Eric Hobsbawm, “El nacimiento de una fiesta: El Primero de Mayo”, reeditado en su antología *Uncommon People: Resistance, Rebellion, and Jazz* (Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1998).

114. *El Grito Popular*, 1 y 3 mayo 1911.

115. Lafertte, *Vida de un comunista*, 91.

y numerosa”. Transportado por la trascendencia y la euforia del momento, *El Despertar de los Trabajadores* editorializaba: “[T]odo cuanto existe de grandioso en el mundo, todo, todo, es la obra, es la acción del Trabajo y el Trabajo es el pensamiento y la acción de todos los días de los trabajadores. El Trabajo es el único Dios Visible y Creador de todo lo que nuestros ojos pueden ver, de todo lo que a nuestro espíritu proporciona placeres”. Como un eco entre muchos, el obrero Félix Alarcón escribía desde la Oficina Virginia, afirmando que “cuando reine el socialismo, no habrá colectividad más numerosa, resistible [*sic*] y civilizadora que el pueblo, la muchedumbre productora, la multitud laboriosa, ella será la que constituirá la verdadera sociabilidad igualitaria sin distinciones de clase, sin privilegios de círculos y sin exclusivismo de razas. Ese día será cuando nosotros entonaremos el grande y armonioso himno de la reivindicación de nuestros derechos”. También esta visión de mundo, como la religión o la patria, podía suscitar profesiones de fe. El hombre y la mujer nueva en construcción tendrían sus propios símbolos y creencias, con los cuales suplir los de la corrompida sociedad que se estaba en proceso de combatir.<sup>116</sup>

### ¿El despertar del proletario?

En abril de 1915, a poco más de cuatro años de su radicación en Iquique, Recabarren decidió abandonar la región salitrera. Sus aspiraciones electorales derrotadas por segunda vez consecutiva en los comicios parlamentarios celebrados en marzo de ese año, aprovechó la convocatoria al Primer Congreso Nacional del Partido Obrero Socialista para poner término a una estadía en la que había cifrado grandes expectativas, pero cuyos resultados no habían sido, a juzgar por sus expresiones, tan alentadores. La militancia socialista no pasaba de un pequeño núcleo de fieles, que pese a su compromiso y a su innegable visibilidad, representaba apenas un fragmento de la masa popular a la que se había querido alcanzar. Lamentando los pobres resultados obtenidos en las elecciones (apenas 285 votantes en el distrito de Iquique, que incluía las salitreras del interior), Recabarren arremetía contra aquellos “traidores” que se habían dejado sobornar por los partidos burgueses y la compra de votos: “[E]n vez de corresponder con heroísmo y abnegación, nos dan el vergonzoso ejemplo de ir a las urnas marcados como carneros de feria, con el rufián al lado, volviendo a la caja de la feria a recibir la paga”.<sup>117</sup> Tampoco estaba muy satisfecho del trabajo gremial, donde la prédica socialista se había revelado incapaz de convertir a las

116. *El Despertar de los Trabajadores*, 1 y 3 mayo 1913.

117. *El Despertar de los Trabajadores*, 16 abr. 1915.

mayorías, “porque la mayoría de esos obreros, no socialistas, son viciosos y son adulones de capataces y patrones y no sienten aún necesidad de ser fraternales entre sí”.<sup>118</sup> Las propias cooperativas obreras, luego de un comienzo auspicioso, habían terminado enredadas entre las disidencias internas y el fuego cruzado de los intereses comerciales afectados, de modo que a esa fecha no quedaba ninguna en funcionamiento. En suma, todo parecía indicarle que “todavía somos un pueblo muy vil, que dista mucho del progreso”.<sup>119</sup> Aunque sin darlo todo por perdido, la evaluación que se hacía del magro desempeño electoral podía hacerse extensiva a los cuatro extenuantes años de acción proselitista: “No hemos obtenido el fruto que esperábamos por la gran labor que tuvimos. Pero debemos convenir que a la gran miseria material se une la miseria moral y por eso nos convencemos que es preciso más, mucho más labor”.<sup>120</sup>

El “pueblo real”, en efecto —exceptuando algunos momentos de mayor receptividad, como el suscitado por la fundación de la Cooperativa de Pan—, se había revelado bastante refractario al mensaje socialista. Considerando la magnitud de lo que se le exigía, nada menos que una transformación radical de las conductas personales y colectivas, esta circunstancia tal vez no habría debido llamar tanto la atención. Cuatro años era ciertamente un plazo demasiado breve como para engendrar los nuevos ejemplares del género humano con los que soñaban Recabarren y sus seguidores. Los sectores de elite, por su parte, apenas comenzaron a vislumbrar al POS como una amenaza real, desplegaron todos sus recursos para socavar los efectos de su propaganda, lo que también era de esperar.<sup>121</sup> Entre las barreras enfrentadas por los predicadores socialistas al invocar el apoyo de su clase, la lealtad de amplios sectores obreros a antiguos patronazgos de elite no fue precisamente la menor, como lo reveló la persistente afiliación popular a partidos “burgueses”, como los radicales y balmacedistas.

Más inesperada resultó la resistencia suscitada entre gremios obreros de

118. *El Despertar de los Trabajadores*, 25 mar. 1915.

119. *El Despertar de los Trabajadores*, 9 sep. 1914.

120. *El Despertar de los Trabajadores*, 10 mar. 1915.

121. Así, por ejemplo, un informe confidencial dirigido al intendente de Tarapacá por el prefecto de policía de Iquique, a propósito de una huelga de panaderos estallada a fines de 1913, decía: “Las teorías absurdas de Recabarren, con las cuales va inculcando a las masas tendencias subversivas e incitándolas hacia esta clase de movimientos, desde las columnas de ‘El Despertar’, en la próxima huelga de panaderos, tienen su resultado elocuente e innegable y manifiestan los peligros futuros que entraña para la provincia entera, el tener en su seno a un individuo degenerado, perturbador del orden social y tenaz explotador de la credulidad del obrero”, nota de 6 de diciembre de 1913, *Archivo de la Intendencia de Tarapacá*, vol. 23 (Iquique, 1912).

antigua actividad clasista, como los panaderos y los cargadores de bahía. Tras una acogida inicial bastante entusiasta a las invitaciones del POS, el correr de los meses fue despertando en estos tradicionales bastiones de la asociatividad obrera tarapaqueña (debe recordarse que los trabajadores de bahía habían sido responsables de la gran mayoría de las iniciativas de organización y acción obrera anteriores a 1910, incluyendo la mítica Mancomunal) una creciente desconfianza respecto de las pretensiones hegemónicas que a su juicio abrigaban Recabarren y los suyos.<sup>122</sup> Para la segunda mitad de 1913, la tensión había derivado en guerra declarada, con ruidosos quiebres en las organizaciones que alguna vez habían congregado a ambos sectores (la Cámara del Trabajo, la Casa del Pueblo, el Centro Femenino Belén de Sárraga y la Cooperativa de Pan) y campañas recíprocas de difamación que no se detenían ante nada. Así, una proclama difundida por la Sociedad del Gremio de Cargadores de Tarapacá acusaba a los socialistas de “traicionar a los trabajadores, convertidos en serviles instrumentos del capital”, denunciando a Recabarren como alguien que sólo buscaba servir sus ambiciones personales e instrumentalizar a los obreros para vivir del trabajo ajeno.<sup>123</sup> Por su parte, este último devolvía la mano, tratando a los dirigentes portuarios de “caudillos de mala fe” y “decididos sirvientes de la burguesía opresora y de la corrompida política balmacedista local”.<sup>124</sup> No era ésa, por cierto, la mejor forma de promover la solidaridad obrera, ni resultaba muy auspicioso para las pretensiones socialistas que el sector más influyente y organizado de la clase adoptara a su respecto una postura tan hostil. Haciendo un dolorido balance de los efectos de este conflicto, Recabarren se consolaba con invocar, como tantas otras veces, la abyección en que se debatían sus hermanos de miseria y de opresión.<sup>125</sup> No sería ni la primera ni la última vez que un “iluminado” atribuía sus fracasos a la incomprensión de quienes su labor buscaba favorecer.

Pero a pesar de este manto de pesimismo, sería apresurado concluir que la

122. Ver al respecto Pinto, *Trabajos y rebeldías*; y “Discursos de clase en el ciclo salitrero”.

123. El panfleto conteniendo estas expresiones se encuentra en *Archivo de la Intendencia de Tarapacá*, vol. 8, 1912.

124. *El Despertar de los Trabajadores*, 2 oct. 1913. La asociación de los cargadores con el balmacedismo dominante en Tarapacá era un motivo reiterado en los ataques socialistas, pero tanto el discurso de aquéllos (continuas referencias a la acción directa y sospecha permanente frente a la acción político-partidista), como su trayectoria posterior, sugieren que sus simpatías se inclinaban más bien hacia una especie de anarcosindicalismo. Falta para clarificar este punto un estudio monográfico dedicado a este segmento obrero durante los años que aquí se consideran.

125. *El Despertar de los Trabajadores*, 1 ene. 1914.

acción socialista no había surtido efecto alguno. Todas las vicisitudes y divisiones enunciadas no impidieron que *El Despertar de los Trabajadores* siguiera apareciendo regularmente y que fuera leído con fidelidad por grupos de obreros interesados. En talleres y oficinas salitreras se siguieron organizando grupos de lectura, escuelas nocturnas, bibliotecas obreras y agrupaciones teatrales que, dentro de sus posibilidades, perseveraban en la difusión de la obra. La asistencia a veladas culturales, actos públicos y conferencias nunca se extinguió del todo, por mucho que los concurrentes no fueran tan numerosos como el socialismo hubiese querido reunir. A poco andar, estas prácticas se difundieron hacia la vecina provincia salitrera de Antofagasta, donde el POS también comenzó a echar raíces duraderas. Considerando la magnitud de las exigencias por éste planteadas, lo singular no es tanto que el grueso del mundo popular no haya adherido a su llamamiento, sino que una parte de él —hombres, mujeres y jóvenes—, sí lo haya hecho, y que haya mantenido su lealtad contra viento y marea.

Por cierto, la eficacia del discurso socialista no debe medirse (sobre todo en un plazo tan breve como el de la residencia tarapaqueña de Recabarren) tanto en el plano numérico u organizativo, sino más bien en el de su penetración en algunos cerebros y corazones obreros, como lo proclamaba su propia prédica. Decía Recabarren, en un momento de mayor optimismo, “[H]ombres y mujeres se quedan absortos y contemplativos, dejándose tiernamente conquistar con las sencillas y convincentes razones que brotan de nuestras conferencias”. “Hablar de un nuevo ideal a pueblos que sufren —continuaba— presentarles la posibilidad de conquistar un mejoramiento que haga más amable la vida, es hacerles sonreír a una esperanza efectiva de bienestar”.<sup>126</sup> Esa fue precisamente la experiencia de modestos obreros salitreros como Elías Lafertte, Pedro Reyes y Luis Víctor Cruz, que habiendo recorrido durante años todos los oficios de la pampa, se afirmaron en la fe socialista para convertirse en dirigentes políticos regionales y nacionales, miembros del poder legislativo y, al menos el primero, incluso candidatos a la presidencia de la república. Esa fue también la experiencia de militantes menos destacados y conocidos, como el obrero de la Oficina “Mercedes” Carlos Pérez, quien adhería al proyecto de la Cooperativa de Pan, aunque la lejanía de su residencia obstaculizaba que gozara personalmente del producto, puesto que de todas maneras quería “participar mi entusiasmo y mi amor por estas acciones de verdadera emancipación cooperando con mi acción”.<sup>127</sup> O como R. Gajardo, de la oficina San Pedro, quien confesaba, al felicitar a *El Despertar*

126. *El Despertar de los Trabajadores*, 6 dic. 1914.

127. *El Despertar de los Trabajadores*, 19 oct. 1912.

*de los Trabajadores* con motivo de su primer aniversario, que “si he de hablar con sinceridad, no puedo menos que felicitar me por haber encontrado en esta hermosa obra realizada por este eminente periódico, un campo fértil donde poder yo cultivar un desarrollo para mi adormecida inteligencia que ha permanecido en un éxtasis desde mi infancia”.<sup>128</sup> O como la joven y requerida oradora del Centro Femenino Rebeca Barnes, quien a los 15 años fue expulsada del Liceo de Niñas de Iquique por su acción proselitista.<sup>129</sup> O como, por último, y quizá en el gesto más significativo de todos, la también socia del Centro Femenino Flora Ortega, viuda de Cepeda, quien en sus últimos momentos, postrada en su lecho de muerte, se hizo cantar “La Internacional” por los miembros presentes de su familia.<sup>130</sup> Aunque muy lejos de completar el deseado tránsito de la “barbarie” a la “civilización” —tarea por lo demás imposible de lograr con la radicalidad y pureza dicotómica que sus propulsores ambicionaban—, el socialismo no había sido sembrado en el desierto. Bajo su influencia se legitimaba, acompañando y modificando la antigua figura discursiva del roto, la cada vez más influyente identidad del proletario.

128. *El Despertar de los Trabajadores*, 16 ene. 1913.

129. *El Despertar de los Trabajadores*, 29 jul. 1913.

130. *El Despertar de los Trabajadores*, 23 ago. 1913.

Copyright of *Hispanic American Historical Review* is the property of Duke University Press and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.